

5144

ADMINISTRACION

LIRICO-DRAMÁTICA.

*(Calle de Sevilla, 14, principal.)*

---

# ¡EL GRAN FILON!!

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

**D. TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.**

---

MADRID.—1874.

---



**¡EL GRAN FILON!!**



# ¡EL GRAN FILON!!

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

**DON TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.**

Representada por primera vez en el Teatro ESPAÑOL en Noviembre  
de 1874.



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 48

1874.

PERSONAJES.

ACTORES.

FANNY.....	SRAS. D. <sup>a</sup>	GERTRUDIS CASTRO.
CARIDAD.....		ELISA MENDOZA TENORIO.
MARTA.....		EMILIA DANSAN.
JACINTO.....	SRES. D.	MANUEL CATALINA.
PLÁCIDO.....		FLORENCIO ROMEA.
VALENTIN.....		MIGUEL CEPILLO.
ADAN.....		JULIO GÁRCIA PARREÑO.
BRUNO.....		MANUEL CALVO.
LINO.....		JOSÉ ALISEDO.
CÁNDIDO.....		JULIAN ROMEA.
UN PORTERO DE ESTRADOS		JULIAN CASTRO.
UN CRIADO.....		»
DOS MOZOS DE FONDA...		»

La acción pasa en cualquiera época de los tiempos modernos.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

## AL SEÑOR

### D. RAMON DE CAMPOAMOR Y CAMPO-OSORIO;

DISCRETO, ORIGINAL Y FELICÍSIMO INGENIO.

Queridísimo Ramon: ¿En qué mundo vivimos? Á juzgar por lo que públicamente dicen y escriben hombres de distinta procedencia política, hombres distinguidos é ilustrados y hasta eminentes algunos en letras y armas, es indudable que nos hallamos en el peor y más rematadamente malo de los mundos posibles.

Unos afirman que la inmodestia, el descaro, la osadía han llegado á rayar en nuestro siglo á tanta altura, que habrán de producir funestísimas consecuencias (1).

Otros, que nuestro carácter, aquel grave, severo y nobilísimo carácter español, se va rebajando tanto, que en breve se codeará, si ya no se codea, con el de los griegos de Bizancio (2).

Hay quien elocuentemente demuestra que atravesamos el más miserable período de nuestra enmarañada historia (3).

---

(1) Grande es en nuestro siglo el mal de la osadía procaz, encaramándose por el favor y la intriga á las alturas, desde donde los actos de los que son incompetentes traen sobre la vida social funestísimas consecuencias.....

JUAN P. DE GUZMAN.

(2) Se va rebajando de tal modo nuestro carácter, que si Dios no lo remedia, dentro de poco nos vamos á parecer completamente á los griegos del Bajo Imperio.—EL PUEBLO, de 28 de Setiembre de 1874.

(3) España atraviesa, sin la menor duda, el más miserable período de toda su larguísima historia; superior en vicios y traiciones al que terminó en Guadalete; inferior en viriles virtudes al de Carlos II.—ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Y, por último, no ha faltado quien diga que todos los españoles llevamos ó merecemos un grillete (1).

Cuando tan autorizadas voces suenan diariamente en público, unidas á otras muchas no ménos respetables, es señal evidente de que nos hallamos en un gran conflicto; y como cuando *se quema la casa* es obligacion de todo buen ciudadano acudir con sus medios al socorro del afligido, yo acudo con mi escaso contingente por si en algo puedo contribuir á sofocar el incendio de la patria.

No tiene otro origen esta comedia.

Al escribirla no me he propuesto hacer la anatomía de nuestro desvencijado cuerpo social, porque tan grande asunto no puede acomodarse á las convencionales proporciones del marco escénico, ni aunque pudiera, es seguro que mis débiles fuerzas no conseguirían dar cima feliz á empresa tan compleja y pavorosa. Me he limitado, pues, á levantar la epidermis de tal cual miembro lesionado; pero sin ahondar mucho el escalpelo, temeroso de que el cadáver se me pusiera de pie, diciendo: «*Aquí estoy yo.*» Hay períodos históricos en los que se operan estas y aún otras más sorprendentes maravillas.

Declaro que al escribir esta comedia no he tenido en la memoria á vivos ni á muertos, ni á esta ni aquella época, ni á tal ó cual clase, agrupacion ó bandería, no: he procurado exponer con la debida mesura algunos de los vicios sociales más arraigados ya en nuestras costumbres, sin otro objeto que el de llamar la atencion de los guardianes de la sociedad, por si creen oportuno aplicarles el conveniente correctivo.

Y esto dicho, recuerdo, mi querido Ramon, que llevo escritas más comedias que años cuento, y que no te he dedicado ninguna. No ha sido por falta de voluntad, sino por lo mezquino del don, y porque esperaba que con mayor estudio y experiencia podría ofrecerte algun dia otro que fuera más digno de tí. Pero como nadie sabe cuándo escribirá su última y mejor comedia, te consagro ésta con las explicaciones que preceden, no porque las

---

(1) España es un presidio suelto.—*Frase vulgarmente atribuida al general D. LEOPOLDO O'DONNELL.*—*Yo no se la oí.*

necesites, que bien sabemos tus apasionados que no pecas de asustadizo; sino para que siempre conste que ni yo escribiendo, ni tú aceptando, hemos intentado ni imaginado siquiera, ofender á Dios ni al Rey, como se decía en los tiempos en que sin controversía existían éstos hoy llamados PERSONAJES.

Corran, pues, en esta obrilla unidos nuestros nombres, como un testimonio del cariñoso lazo que nos estrecha desde hace muy cerca de CUARENTA años, en una amistad franca y leal nunca reñida ni entibiada.

Tu amigo de siempre,

TOMÁS.

Madrid 15 de octubre de 1874.



Digitized by the Internet Archive  
in 2014

---

---

## ACTO PRIMERO.

---

Sala en una modestísima casa de huéspedes. Puerta en el fondo y dos en cada uno de los costados.

Aparece Caridad cosiendo al lado de un canasto lleno de ropa blanca. Plácido, saliendo por la puerta derecha arriba.

### ESCENA PRIMERA.

CARIDAD, PLÁCIDO.

PLAC. ¿No habrá vuelto doña Marta?

CAR. No ha vuelto.

PLAC. Y sabe Dios cuándo...

¿Y usted siempre trabajando?

CAR. Sí señor.

PLAC. ¿No está usted harta de hacer, con tan lindo porte, costura tras de costura en esa labor tan dura, que llaman ropa del corte?

CAR. Trabajaría mejor en otra; pero escoger no puedo, y hay que coser en lo que sale.

PLAC. ¡Oh dolor!

¡que manos tan delicadas  
se pasen el día entero  
dando en *Coruña* y *Vivero*  
tan primorosas puntadas!  
¡Oh númen! ¡númen fatal!  
en vano tu influjo invoco...

CAR. Pues se aflige usted por poco;  
no hay cosa más natural.  
Soy pobre, soy desvalida,  
y á mi destino me allano;  
sé coser... y coso, y gano  
honradamente la vida.

PLAC. No le admire, Caridad,  
que su destino me indigne,  
por más que usted se resigne  
con seráfica humildad.

¡Esclava de la costura!  
¡en mecánico desvelo  
sumida... ¡usted! un modelo  
de la estética más pura!  
¿Quién habrá que sin horror  
tal absurdo pueda ver?

CAR. ¡Dejaría usted de ser  
poeta!

PLAC. ¡Y á mucho honor!  
Ellos á la humanidad,  
aunque á su vista se encubren,  
con sus ficciones descubren  
la estatua de la verdad.

Ellos á la juventud  
dan aliento, fe, bravura,  
y celebran la hermosura,  
rinden culto á la virtud;  
y con viril elocuencia  
protegen á todo ser,  
sin que haya humano poder  
que amengüe su independenciam.  
Mientras el vital estambre  
dura... llenan su mision...

CAR. Y con tanta proteccion  
se suelen morir.. de hambre.

PLAC. Ese es un leve accidente...

¿qué importa, ¡qué! encanto mio,  
que el estómago esté frio,  
si hay un volcan en la mente!  
Con ella, sin duda alguna,  
si usted mi pasion anima,  
la he de poner por encima  
de los cuernos de la luna.

CAR. ¡Ay, no! que caer de allí  
sería una atrocidad.

PLAC. ¡Ah! Caridad, Caridad,  
¿no la tendrá usted de mí?

CAR. ¿Y para qué? ¡No por Dios!  
si la tuviera, despues...  
¿qué despues? ántes de un mes  
la tendrían de los dos.

PLAC. Eso, jamás! se lo ofrezco...

CAR. Don Plácido, ya le he dicho  
que su pasion... ó capricho,  
con el alma le agradezco.  
Pero mi estrella me priva  
de amar... soy casi indigente...

PLAC. Pues por eso justamente  
me enamora, me cautiva.  
La pobreza es para mí  
un santo emblema de honor.

CAR. Y sobre pobre, señor,  
ignoro á quiénes debí  
esta vida, que confusa  
llevo en perpétuo martirio.

PLAC. ¡Mejor! ¡amo con delirio  
á los niños de la Inclusa!  
Hijos de la Providencia,  
ella sus brazos les tiende,  
y amante ampara y defiende  
su orfandad y su inocencia.  
Por eso la sociedad  
declara nobles á todos.

CAR. Verdad; mas de todos modos...  
es una triste verdad.

PLAC. Ese es asunto distinto...  
y ¿quién sabe todavía  
si hallaremos algun dia ..

- CAR. Eso dice don Jacinto.  
PLAC. ¿Jacinto? Psé!  
CAR. Con profundo  
interés hace por mí  
cuanto es posible.  
PLAC. Sí, sí;  
él protege á todo el mundo.  
CAR. Es muy formal.  
PLAC. Buen muchacho.  
CAR. Y no sé; pero mi instinto  
me dice que es don Jacinto...  
PLAC. ¿Qué ha de ser? un mamarracho:  
un pobreton como todos;  
más pobre que la Verónica;  
que de hambre clásica, crónica,  
se está comiendo los codos.  
Pues si del fuego vital  
no sostuviera la llama  
doña Marta... que es un ama  
de huéspedes ideal;  
si ella en el nombre de Dios,  
no nos diera cada dia  
el pan nuestro... ¿qué sería  
de ese pobrete... y de nos?  
CAR. Todo eso es muy cierto, sí;  
pero usted no negará  
que él á todos los de acá  
domina...  
PLAC. Menos á mí!  
Y observo que usted se bate  
por él...  
CAR. Mi agradecimiento...  
PLAC. ¿Y no amor?  
CAR. Já! já! (¡Oh tormento!  
¡Ojalá!) ¡Qué disparate!  
PLAC. Su autoridad, su elocuencia,  
su cómica proteccion,  
no han impreso variacion  
en mi digna independenciam.  
Cuantos más planes ensarta,  
ménos crédito le doy.  
(Lino sale por la puerta izquierda arriba.)

ESCENA II.

DICHOS, LINO.

- LINO. Pero ¿no almorzamos hoy?  
PLAC. Aún no ha vuelto doña Marta.  
LINO. Pues hay que arbitrar... y ver cómo almorzar.  
PLAC. ¡Curandero más material y grosero...  
¿Siempre pensando en comer!  
LINO. El hambre me desencaja.  
¿Vendrá pronto, Caridad?  
CAR. Ha ido al Monte de Piedad á llevar su última alhaja.  
PLAC. ¿Su última alhaja!... Y nosotros... ¿no te da vergüenza?  
LINO. ¿Á mí?  
PLAC. ¿Se está arruinando por tí!  
LINO. ¿Por mí? y por tí y por los otros...  
PLAC. Yo confío en que el Teatro...  
LINO. Pero en tanto no escaseas...  
PLAC. Yo me alimento de ideas, y tú devoras por cuatro.  
¿Qué huespedes!... ¿Sibaritas...  
LINO. No soy ningun badulaque... yo le daré cuanto saque de mis primeras visitas.  
¿Y tú, que tanto me asedias, qué le darás, vate hambriento?  
PLAC. El veinticinco por ciento de mis primeras comedias.  
LINO. Oh!... pues ya se acabó el hambre; con tu auxilio...  
CAR. (Recogiendo la costura y llevándose el canasto.)  
Ya acabé.  
LINO. ¿Quiere usted ver por ahí...  
CAR. ¿Qué?  
LINO. Si ha quedado algo fiambre?  
CAR. Ya está visto.  
LINO. ¿Y... nada!

CAR. (Desapareciendo por la puerta primera de la izquierda.)

¡Nada!

LINO. ¡Tremendo día de ayuno!  
(Sale Bruno por la puerta izquierda arriba.)

### ESCENA III.

PLÁCIDO, LINO y BRUNO.

BRUNO. Hola, chicos.

LINO. Hola, Bruno.

La pregunta es excusada;  
no tendrás ni una peseta...

BRUNO. Te equivocas, tengo dos...

LINO. Hombre!

BRUNO. Falsas.

LINO. ¡Voto á brios!

PLAC. ¡Qué ingeniero!

BRUNO. ¡Qué poeta!

Aquí hay perfecta igualdad,  
que á nadie le sobra el cobre.

PLAC. Pero aunque á mí no me sobre, } *puns*  
soy pobre con dignidad.

BRUNO. Su estribillo... ¡majadero!

LINO. Oh! cómo el tiempo malogra!  
á ver si con ella logras  
hacer hervir un puchero.

PLAC. ¡Materialistas! laceria  
del cuerpo, del alma pánico...  
claro; un médico, un mecánico...  
¿qué han de ser sino materia?

BRUNO. (Á Lino.) Pobre chico... el mejor día...

LINO. (Á Bruno.) Le pronostico un mal fin.

BRUNO. ¿Y Jacinto, y Valentin?  
¿en la cama todavía?

LINO. Cá!... Jacinto haciendo planes  
para que tengamos coche;  
y Valentin desde anoche  
anda... por esos desvanes...

BRUNO. Garitos.

PLAC. Dignas estancias...

- LINO. Por ganar, siempre doblando,  
se habrá pasado jugando...  
BRUNO. Con tal de que esté en ganancias...  
LINO. Si supiera donde está...  
puede que él nos proveyera  
de almuerzo...  
BRUNO. Sí; bueno fuera...  
(Sale por la puerta del foro Valentin con trazas de  
muy mal humor.)

## ESCENA IV.

DICHOS, VALENTIN.

- VAL. ¿Habeis almòrzado ya?  
LINO. ¡Mi capitan!... De tí hablando  
ahora mismo...  
VAL. De mí?  
LINO. Sí;  
¿almorzar? ¡vaya! ¿y sin tí?  
BRUNO. Te estabamos esperando...  
LINO. Para que mandes traer  
aquello de que te agrades,  
y como buenos cofrades  
nos lo podamos comer.  
VAL. Estais frescos.  
LINO. ¿Conque así...  
VAL. Cinco veces he doblado,  
y otras tantas me ha dejado  
un siete doblado á mí.  
Perder y siempre perder;  
¡estoy del humor más negro...  
LINO. Pues no hay almuerzo.  
PLAC. Me alegro!  
VAL. (Cogiendo una silla.)  
Hombre, te voy á romper...  
LINO y BRUNO. (Sujetándole.)  
¡Chico!!  
PLAC. El juego... ¡digno oficio!  
Prefiero el hambre homicida  
á comer de la comida

- que se compra con el vicio.  
VAL. El vicio... ¡habrá impertinente!...  
¿pues mil veces no has comido  
por el vicio...  
PLAC. Yo? habrá sido  
de una manera inconsciente.  
VAL. Ya!... tú comes siempre así.  
BRUNO. No, pues hoy ni así ni asá.  
VAL. ¿Y Jacinto?  
LINO. Voy allá;  
tal vez él... mas hélo aquí.  
(Sale éste esmeradamente vestido por la puerta de-  
recha abajo.)

## ESCENA V.

DICHOS, JACINTO.

- BRUNO. ¡Oiga!  
VAL. ¡Bravo!  
LINO. ¡Qué elegante!  
JAC. Espero tal cual visita...  
VAL. ¿Á ver?... ¡esta es mi levita!  
LINO. ¡Mi chaleco! ¡habrá tunante!...  
PLAC. ¡Mi corbata! ¡Oh intemperancia!  
BRUNO. ¡Pues este es mi pantalon!  
JAC. Señores, moderacion;  
un poco de tolerancia.  
¡Este es el dia! os he hablado  
de que obtendreis beneficios...  
pero hay que hacer sacrificios,  
hay que salvar al Estado.  
VAL. Qué Estado ni qué...  
BRUNO y LINO. No! no!  
PLAC. Pero ¿qué tiene que ver  
con mi...  
JAC. ¿Pues no ha de tener?  
VAL. Habla!  
JAC. El Estado soy yo.  
VAL., BRUNO, PLAC. y LINO. Tú?!  
JAC. De mis meditaciones  
los frutos veremos hoy.

Señores!...

LINO y BRUNO. Oigamos.

JAC. Voy

á entrar en operaciones.

VAL. ¡Gracias á Dios!

PLAC. Ya era hora.

JAC. Lo tengo todo arreglado  
para salir del estado  
de inaccion que nos devora.

BRUNO. Bien, al grano.

PLAC. Á la evidencia.

JAC. Me he declarado instrumento...

VAL. ¿De cuerda?

JAC. No, que!...

PLAC. De viento.

JAC. Chut!...

TODOS. Chut!...

JAC. De la Providencia.

Siento aquí en el corazon  
la fuerza que ella me envía.  
¡La perversidad hoy dia  
está en todo!

PLAC. Sensacion.

JAC. Y hémos aquí un abogado,  
un médico, un ingeniero,  
un gran poeta, un guerrero,  
á cada cual más honrado,  
sin enfermos que curar,  
sin puentes que construir,  
sin poemas que escribir,  
y sin tropas que mandar.  
Todos nos dan con el pie,  
mientras otros vividores  
se aprovechan... ¡Ah, señores!  
¿y sabeis por qué?

TODOS. ¿Por qué?

JAC. Porque modestos, sensibles  
á que el honor no se tuerza,  
¡nadie nos teme!... y es fuerza  
que nos hagamos temibles.

VAL. Eso! eso!...

LINO. Justo!

- BRUNO. Concedo!
- VAL. ¿Qué hay que hacer? ¡Nadie se ablande!
- JAC. Aquí hay que explotar en grande  
el gran filon...
- VAL. ¿Cuál?
- JAC. ¡Del miedo!
- PLAC. ¿Del miedo?... mas de qué modo...
- JAC. Nuestra suerte está ya echada:  
¿qué somos, señores? Nada.  
¿Y qué debemos ser? Todo!  
(Rumores y muestras de asentimiento.)  
¿No somos hombres de ciencia?  
y desde el sitio en que estamos  
juntos, ¿no representamos  
la moderna inteligencia?  
Pues seremos, lo prometo;  
trocaremos nuestros ocios  
por la accion, por los negocios...
- PLAC. Pero, ¿cómo?
- JAC. Es mi secreto.
- VAL. Nada tengo que objetar.
- PLAC. Yo sí; primero sepamos...
- LINO. Eso es; sepamos si vamos  
ó no vamos á almorzar.
- VAL. ¡Almorzar!
- PLAC. ¡Recuerdo acerbo!
- JAC. Almorzaremos.
- BRUNO. ¿Qué dices?
- JAC. Y habrá champagne y perdices...  
Estoy esperando al cuervo.
- VAL. Pero chico, ¿eso es formal?  
porque mal rayo me parta...
- CAR. (Cruzando á la carrera el escenario y desaparecien-  
do por el foro.)  
¡Doña Marta! ¡Doña Marta!
- VAL. (¿Era ese el cuervo?) (Ap. á Jacinto.)
- JAC. No tal.
- VAL. Pues mi levita...
- JAC. No es mala.
- VAL. La he menester; conque quita...
- JAC. Para qué?
- VAL. Tengo una cita...

JAC. ¿Quién es?...  
VAL. Una colegiala.  
JAC. ¿Una niña!...  
VAL. No... ¡y qué bella!  
Es una polla, hija de... (Le habla al oído.)  
JAC. Hombre!... bien. Te la daré.  
VAL. Pero es que...  
JAC. Cuenta con ella.

## ESCENA VI.

DICHOS, DOÑA MARTA y CARIDAD.

MARTA. (De mantilla con un pañuelo de hierbas en la mano  
lleno de varios objetos.)  
Buenos días, serafines.  
TODOS. Viva!  
MARTA. ¿Hay apetito?  
UNOS. Uf!  
OTROS. Sí!  
VAL. (Reconociendo lo que trae en el pañuelo.)  
Á ver?... ¿qué trae usted aquí...  
Huevos... y calabacines...  
verdulaje...  
MARTA. ¿Está ya visto?  
VAL. Todo en amable desórden...  
MARTA. Por hoy no da más la órden,  
hijos; haremos un pisto.  
(Da el pañuelo á Caridad, que se retira por la pri-  
mera puerta de la izquierda.)  
VAL., LINO y BRUNO. ¡Un pisto!  
JAC. ¡Qué pisto, no,  
no! que hoy todo corresponda...  
(Á Marta.) Que nos suban de la fonda  
un almuerzo *comm'il faut*.  
*Bordeaux*, <sup>1</sup> una pata de ciervo,  
un buen pescado *au gratin*, <sup>2</sup>  
frutas, café..

---

(1) Bordó.

(2) Gratén.

- MARTA. Pero ¿quién  
va á pagar...
- JAC. Pues claro, el cuervo.
- PLAC. Me parece poco listo.
- VAL. Tarda mucho.
- BRUNO. Mucho.
- LINO. ¡Mucho!
- PLAC. ¿Quién fía en un avechucho?
- VAL. Lo que es yo me atengo al pisto.
- UNOS. Y yo!
- OTROS. Y yo!
- JAC. Yo me reservo.  
¡Incrédulos! impacientes...
- LINO. Pero hombre, si ya los dientes...  
(Campanillazo. Sale y vuelve Doña Marta.)
- TODOS. ¡Han llamado!...
- JAC. Ahí está el cuervo.  
(Vuelve Doña Marta, y dice desde la puerta del foro.)
- MARTA. Un lacayo que pregunta  
si está en casa don Jacinto.
- JAC. (Paseándose con aire de suficiencia.)  
Está y recibe. (Se retira Doña Marta.)
- VAL. Pero hombre...
- PLAC. ¿Será verdad?...
- BRUNO. Dinos...
- LINO. Dinos...
- JAC. Lo que os puedo decir es,  
que despejis este sitio.
- PLAC. ¿Sin saber?...
- VAL. Por un lacayo!
- PLAC. No me parece que es digno...
- JAC. No es lacayo: es una dama...
- PLAC. ¡Una dama!...
- VAL. Bribon!
- BRUNO y LINO. ¡Chico!
- PLAC. Una dama con disfraz  
de lacayo!
- JAC. Yo no he dicho...
- VAL. Jovencita?
- JAC. No os importa.
- PLAC. Tirano!

- VAL. Me insubordino...
- JAC. Es una mujer casada  
que viene á tratar conmigo  
de cierto pleito que exige  
reserva y tacto político.
- LINO. ¡Ya tienes un pleito!
- JAC. (Empujándolos para que se vayan.)  
Vamos!
- VAL. Sin saludarla...
- PLAC. Yo insisto...
- JAC. Digo adentro... ó no hay almuerzo.
- TODOS. (Desapareciendo por las puertas de los costados.)  
Cedamos!
- JAC. (Cerrando las puertas.) Parecen niños.  
¡Por mera curiosidad  
exponer lo positivo!...  
Nuestro carácter de siempre,  
ingobernables, beduinos.  
(Aparece Fanny en la puerta del foro, con el velo  
echado sobre la cara.)

## ESCENA VII.

FANNY, JACINTO.

- FANNY. Caballero...
- JAC. Beso á usted...
- FANNY. Es usted el que me ha escrito...
- JAC. Cierto; he tenido ese honor,  
que á usted habrá sorprendido...
- FANNY. En efecto, un poco raro  
me<sup>e</sup>ha parecido su aviso;  
pero está tan misterioso,  
me habla usted de compromisos  
graves, que puedo evitar  
con mi presencia...
- JAC. Exactísimo.
- FANNY. Que á todo sobreponiéndome,  
ya lo ve usted, he venido.
- JAC. Así lo esperaba yo  
de su valeroso espíritu.  
Quisiera haberle evitado...

mas me hallaba en un conflicto:  
tenía una obligacion,  
un deber sério, preciso,  
que llenar cerca de usted:  
buscarla en su domicilio  
era expuesto, peligroso;  
segun cuentan, su marido,  
señor general Adan,  
hoy de la Guerra ministro,  
tiene el carácter violento  
y es muy celoso...

FANNY. (Echándose atrás el velo.) Ah! lo ha sido.

JAC. (Con galantería.)

No, pues aún...

FANNY. Siga usted.

JAC. Los ojos cierro y prosigo.  
Yo, señora, aunque soy hombre  
ignorado, me dedico  
á la práctica del bien  
sin ostentacion, sin ruido,  
y he puesto en juego la pluma  
sólo por...

FANNY. ¿Por el bien mio,  
segun eso?

JAC. Justamente.

FANNY. Siga usted.

JAC. Seré brevísimo.

Tiene usted en un colegio  
á su hija...

FANNY. Mi Patrocinio;  
sí señor.

JAC. Pues vele usted  
por ella.

FANNY. ¿Qué ha sucedido?

JAC. Nada aún; pero pudiera  
algun naciente amorcillo...

FANNY. ¡Me había usted asustado!  
y ¿es ese todo el peligro?

JAC. Ese; cumplo previniéndolo:  
pasemos á otro capítulo.  
Gustavo de Pimentel...

FANNY. (Sorprendida.)

¡Le conoció?...

JAC. Éramos íntimos:

fuí su testigo en el duelo...

le llevé al último asilo..

FANNY. ¡Desgraciado!...

JAC. Sí señora;

pero hay que dar al olvido...

Al caer, casi ya exánime,

me dió una llave y me dijo:

«en mi *bureau* encontrarás

unas cartas... veinticinco...

atadas con una cinta

color violeta... tú mismo

las pondrás en propia mano...»

(Dando á Fanny un paquete de cartas.)

Las entrego y he cumplido.

FANNY. ¡Ah caballero!... le debo

mi salvacion.

JAC. Le suplico...

FANNY. No sé cómo agradecer

tan delicado servicio.

JAC. No hablemos de eso, señora,

yo de nada necesito ..

y hago el bien por el bien solo;

de lo demas no me cuido.

—Mas ¡qué inspiracion!... Sí, debo

darle con este motivo

ocasion para que ejerza

sus benéficos instintos.

Voy á presentar á usted

una mujer, que es un tipo

de generosa bondad,

digna de sus beneficios.

La patrona de esta casa...

¡oh!... es un tesoro escondido:

se quita el pan de la boca,

y de ello he sido testigo,

para dárselo á unos jóvenes

aun más que ella desvalidos.

¡Qué cuadros se ven, señora,

en estos hospitalillos

que llaman casas de huéspedes!

ah!... me angustio, me horripilo...  
Cuántas veces para todos...  
(Echando una mirada furtiva á su traje.)  
no hay más que un solo vestido;  
hombres que acaso mañana  
podrán ser grandes patricios...  
y hoy luchan con la miseria,  
expuestos á un extravío...  
mientras nosotros gastamos  
en tantos objetos frívolos...  
Pero usted me ayudará  
á salvarlos del abismo...  
Usted es rica... yo... poco...  
y nuestros dones unidos...  
(Llamando.) Doña Marta!... Doña Marta!...  
(Sale esta por la puerta del foro.)

## ESCENA VIII.

DICHOS, MARTA.

MARTA. ¡Llamaba usted, don Jacinto?

JAC. Esta señora es un ángel,  
un verdadero prodigio  
de caridad.

MARTA. (Saludando.) Ah!...

JAC. Preside

una sociedad, un *circulo*,  
como ahora llaman, benéfico.

Sabe ya los sacrificios  
que usted hace... y se propone  
con un generoso auxilio  
recompensar su...

MARTA. (Repitiendo su reverencia.) ¡Ah, señora!...

JAC. Bendígala usted.

MARTA. Bendigo.

JAC. (Á Fanny.) Señora, á los piés de usted.  
Mi doble encargo he concluido,  
y puede ahora entregarse  
á su piadoso ejercicio  
con expansion.

FANNY. ¡Nos veremos...

- JAC. Es posible; en el camino  
del bien se encuentran las almas  
que viven como vivimos.  
(Retirándose por el foro izquierda.)  
(Lo ménos le da dos onzas.)
- FANNY. (Qué jóven tan distinguido!)

## ESCENA IX.

FANNY y MARTA.

- MARTA. Señora...
- FANNY. Sé que hace usted  
meritorios sacrificios  
para ayudar á unos jóvenes  
que hospeda.
- MARTA. Los pobrecillos  
han ido viniendo á casa  
unos por otros traídos;  
buenas almas, pero pobres:  
de su carrera al principio  
aún no practican... ¿qué hacer?  
jamás valor he tenido  
para decirles que busquen  
otro albergue... y me resigno:  
de lo que hay todos disfrutan  
como si fueran mis hijos,  
y hasta ahora vamos saliendo  
aunque con mil trabajillos.
- FANNY. Es muy digno de alabanza  
su corazón compasivo:  
hacer bien á unos extraños  
y con medios escasísimos...  
porque ya sé que no es rica.
- MARTA. ¡Qué he de ser! sí, buen avío!...  
Ya me ve usted, triste viuda  
de un capitán de partido  
allá en Cuba, que murió  
al frente del enemigo  
cuando comenzó esta guerra  
endiablada; es bien mezquino  
lo que por mi viudedad

- recojo; mas no me aflijo:  
Dios es bueno. Hoy he llevado  
al Monte mi último anillo  
y me han dado seis pesetas.
- FANNY. Apesadumbra el oírlo.  
¿Y tiene usted más familia?
- MARTA. Nadie; ni hijos ni sobrinos;  
es decir, tengo una huérfana  
que al nacer he recogido,  
pues se quedó abandonada.
- FANNY. ¿Eso mas? pero ¡Dios mio!  
Usted es la caridad  
en persona. ¡Qué heroismo!
- MARTA. ¡Ah, señora! no merezco  
que me conceda ese título,  
porque todos en mi caso  
hubieran hecho lo mismo.  
Calcule usted... en Holguin  
mi marido y yo solitos  
viviamos, y á deshora  
llamar á la puerta oímos.  
Salí á ver... era una jóven  
en un estado afflictivo;  
qué jóven, casi una niña,  
¡quince años aún no cumplidos!  
¡iba á ser madre! extenuada  
y con dolores vivísimos...  
la acogí... dió á luz, y á poco  
exhaló el postrer suspiro.
- FANNY. Jesús!
- MARTA. Muerta ya la madre,  
vimos aquel angelito  
sin más amparo en el mundo  
que el nuestro, y... ¡pues! se lo dimos.  
No tuvimos corazon  
para enviar al hospicio  
la niña y quedó á mi lado,  
y honrada y buena ha crecido.
- FANNY. Y Dios no podrá dejar  
sin premio tal beneficio.  
Mas del padre de esa niña  
no supo usted?

MARTA.

Ni he querido  
saber nada, temerosa  
de hallar algun libertino.  
El que abandonó á la madre,  
¿qué haría... ¡valiente pícaro!  
Sin embargo, hará unos meses  
que hablando con don Jacinto,  
que es bueno, y es abogado,  
y sobre abogado, listo,  
me ofreció brujulear,  
y creo que ha conseguido...  
pues sospecha que es el padre  
un general ya algo antiguo.

FANNY.

¡Un general!

MARTA.

Pues.

FANNY.

¿Su nombre?

MARTA.

Su nombre no me lo ha dicho.

FANNY.

¿Si será..

MARTA.

¿Quién?

FANNY.

Nada, nada...  
me ha cruzado de improviso...  
Nos veremos otro dia  
más despacio; hoy le suplico  
que acepte el pequeño don  
que le ofrezco. (Le da un papel doblado.)  
Sin perjuicio  
de añadir otros.

MARTA.

Señora,  
prémiele Dios.

FANNY.

(Dirigiéndose al foro.) Me retiro.

MARTA.

(Siguiéndola y desapareciendo con ella por el foro  
derecha.)  
Esta choza es suya.

FANNY.

Gracias.

MARTA.

¡Muy suya!

FANNY.

Cuenta conmigo.

(Desaparecen Fanny y Marta, y van asomando la  
cabeza desde sus respectivas habitaciones Valentin,  
Plácido, Bruno y Lino.)

ESCENA X.

VALENTIN, PLÁCIDO, BRUNO, LINO, despues DOÑA MARTA  
y JACINTO.

- VAL. ¿Se fué?  
BRUNO. Nadie.  
PLAC. Oistes, Bruno?  
BRUNO. Nada.  
LINO. Ni yo.  
PLAC. ¡Qué pobretes!  
VAL. Mas ¿qué trajo?  
(Sale Doña Marta muy alborozada mostrando en cada mano un billete de Banco desdoblado. Jacinto aparece foro izquierda y se reune con los interlocutores.)  
MARTA. ¡Dos billetes  
de á mil reales cada uno!  
VAL. ¡Dos mil!  
LINO. (Con entusiasmo.) ¡Ya hay almuerzo, chicos!  
VAL. Deme usted uno, me voy  
á la gran *timba*, le doy  
diez golpes y somos ricos.  
MARTA. Qué he de dar.  
LINO. ¡Antes morir!  
VAL. De fijo...  
JAC. Calla, mastuerzo.  
Que suban un buen almuerzo.  
MARTA. Al punto lo haré subir.  
(Se retira Marta foro derecha.)  
VAL. ¡Qué lástima!  
BRUNO. ¡Extraordinario  
suceso!  
LINO. Sí!  
PLAC. ¡Qué entruchada...  
JAC. (Paseándose con mayor énfasis que ántes.)  
Nada; si yo no sé nada;  
si soy... ¡claro! un visionario!  
en los espacios perdido,  
hilvanando planes hueros...  
me parece, caballeros,

- que ya os habreis convencidó.  
LINO. ¡Bien lo bordas!  
JAC. ¡Que si bordo...  
VAL. Y así de golpe y porrazo.  
JAC. Ha sido sólo un chispazo;  
ahora falta el trueno gordo.  
LINO. ¿Otra?  
BRUNO. ¿Hay más?  
VAL. ¿Vas á seguir...  
JAC. Toma! á paso redoblado:  
el presente asegurado  
está; mas ¿y el porvenir?  
VAL. Hola!  
LINO. ¿Vamos á tener  
porvenir?  
JAC. ¿Pues no? ¡simplices!...  
¿que ya entré en operaciones  
no os he dicho?  
VAL. ¿Y qué hay que hacer?  
JAC. Necesito desde hoy mismo  
ejercer la dictadura.  
PLAC. Protesto!  
TODOS. ¿Eh?  
PLAC. ¿Quién me asegura...  
VAL. Calla, ó te rompo el bautismo.  
JAC. Uníos á mí, ¡mucha union!  
unidad de pensamiento,  
ojo listo, oído atento,  
mucha táctica... y chiton.  
Así el porvenir se labra.  
VAL. Ya sabes que soy tu amigo.  
LINO. Cuenta conmigo.  
BRUNO. Y conmigo.  
PLAC. Pues yo... pido la palabra.  
Ántes que mi dignidad  
se comprometa, sepamos  
en todo esto, ¿á cómo estamos?  
TODOS.. ¿De qué?  
PLAC. De moralidad.  
BRUNO. Miren por dónde el Caton...  
PLAC. Mi decoro...  
VAL. Hipocresía...

BRUNO. Ñoñez...

LINO. Bah!...

JAC. Por vida mia...

Plácido tiene razon.  
La moralidad invoca,  
la dignidad con exceso.  
¡Bien, Plácido! todo eso  
debe estar siempre en la boca.

PLAC. Y en los hechos.

JAC. ¿Que tal dudes?

Yo las admiro en su esencia;  
porque ¿quién no reverencia  
tan relevantes virtudes?  
Sé que es la cuestion muy seria;  
y en punto á moralidad,  
en mi longaminidad,  
no hay parvedad de materia.  
¿He dicho algo?

VAL. ¿Eso es hablar!

BRUNO. ¿Quién puede oponer reparo?

(Cruza Doña Marta de derecha á izquierda del foro, seguida de dos mozos de fonda que llevan, el uno un cesto, y el otro una gran bandeja cubierta con un paño blanco.)

LINO. El almuerzo!!

PLAC. No veo claro...

pero vamos á almorzar.

(Todos ménos Jacinto se dirigen al fondo y van desapareciendo foro izquierda.)

LINO: Volemos!

BRUNO. ¡Nadie me tome

la delantera!

VAL. Arda Troya!

## ESCENA XI.

JACINTO, despues CARIDAD.

JAC. Este vate es una joya,  
murmura, maldice... y come.

(Sale Caridad por la puerta abajo izquierda.)

CAR. ¿No viene usted á almorzar?

JAC. La esperaba... venga el brazo.

CAR. (Ruborizándose.) Gracias.

(Suena fuertemente la campanilla.)

¡Qué campanillazo!

JAC. Abra usted y deje entrar.

Que almuercen y hasta más ver.

(Se retira Caridad foro derecha.)

Siento seca la laringe,

y hay que luchar con la esfinge...

pues á morir ó vencer.

(Aparece en el foro el general Adan, precedido de Caridad; ésta le señala á D. Jacinto, y desaparece foro izquierda.)

## ESCENA XII.

JACINTO, ADAN.

ADAN. ¿Es usted, caballerito,  
el escribiente...

JAC. Escritor.

ADAN. (Mostrando un manojo de cuartillas.)  
De todo esto?

JAC. Sí señor.

ADAN. ¡Voto á!... me alegre infinito.  
Ignoro, por vida mia,  
aunque recibo merced,  
porque se ha metido usted  
á hacer mi *bibliografía*.

JAC. Biografía.

ADAN. Ó lo que fuere:  
no encuentro gran diferencia.  
En justa correspondencia  
vengo á saber lo que quiere.  
Cuidadoso de mi fama  
ha escrito usted lo que soy:  
me llama usted y aquí estoy;  
sospecho el por qué me llama.  
Ha escrito usted el proceso  
de un modo así... que me halague,  
y querrá que se lo pague.  
¿No es eso, amigo?

- JAC. No es eso.  
No acierta en sus conjeturas  
y ofende mis intenciones;  
yo vivo en otras regiones  
más elevadas, más puras.  
Me consagro noche y día  
con todas sus consecuencias  
á la ciencia de las ciencias.
- ADAN. Y ¿cuál es?
- JAC. La biografía.
- ADAN. Ignoraba; ¡voto va!  
así Dios me lo demande,  
que fuera cosa tan grande...
- JAC. ¡Inmensa! usted juzgará.  
La cultivo por la gloria;  
de frente, no de rechazo;  
la biografía es el brazo  
más potente de la historia.
- ADAN. No digo que no, ni sí;  
ni me importa, ni aquí vamos  
á estudiar; conque sepamos  
¿qué pretende usted de mí?  
Pronto, en concreto.
- JAC. ¿En concreto  
quiere usted que yo...
- ADAN. Sí tal.
- JAC. Pues quiero hacer, general,  
un trabajo..
- ADAN. Bien.
- JAC. Completo.  
Y usted, que es hombre muy listo,  
en lo que ya ha repasado,  
habrá visto, habrá notado,  
que hay ciertos huecos...
- ADAN. Sí he visto.
- JAC. Sobre esos huecos quería  
aquí á solas consultar...  
porque los voy á llenar.
- ADAN. Cómo! ¿aún queda todavía?
- JAC. Para asombrar á Madrid.
- ADAN. Pues hombre, si hay cada trozo...  
si hasta me llama buen mozo

y dice que soy un Cid,  
gran táctico, y además  
un orador consumado,  
político, hombre de Estado...

JAC. Pues aún hay que decir más.

ADAN. En lo que tengo creí  
que adular más no era dable...

JAC. Ya!... usted tiene lo agradable  
(Sacando unos papeles.)

pero lo amargo está aquí.

ADAN. ¡Eeeh?

JAC. De ese modo mi gloria  
sería gloria de empíricos...

Yo no escribo panegíricos.

ADAN. Pues ¿qué escribe usted?

JAC.

Historia.

De vez en cuando un renglon  
con llamada habrá observado:

tras de ella va intercalado...

Présteme usted atención.

«Desearíamos poder registrar siempre hechos  
que como los expuestos hasta ahora, enal-  
tecieran el buen nombre de tan bizarro ge-  
neral; pero la flaqueza humana deslustra á  
lo mejor las acciones más brillantes y reba-  
ja los más cumplidos caracteres. Durante  
una de las épocas de su mando en la Isla,  
ocurrió el repentino fallecimiento de un dis-  
tinguido oficial de aquella guarnicion, que-  
dando sumida en dolorosa orfandad su hija  
Doña Irene, jóven que apenas contaba ca-  
torce años. El general, declarándose noble-  
mente protector de la huérfana, dispuso que  
se la hospedara en su propio palacio. Tras-  
currido poco tiempo desapareció la jóven;  
pero se supo que su inocencia no había sido  
respetada por el protector, cometiendo éste  
la inaudita crueldad de abandonarla.»

ADAN. Y... va á publicar!! ¿eso es...

JAC. Historia.

ADAN. Qué! ¿Está usted loco?

JAC. Mire usted que falta poco...

discutiremos despues.

«La desgraciada víctima en su nuevo desam-  
»paro halló acogida en la casa de unos seres  
»tan modestos como generosos, tan honrados  
»como compasivos. Allí fué madre... pero  
»¡ah! que al dar á luz una hermosa niña, cer-  
»ró sus ojos para siempre, no sin haber per-  
»donado al ciego autor de sus inmerecidos  
»infortunios. Qué triste ejemplo de...

ADAN. (Interrumpiéndole y furioso.)  
¡Basta!... ¡es falso!... ¡así se escribe!...  
eso es novela forjada...

JAC. Todo esto es cosa probada.

ADAN. Calumnia!

JAC. La niña vive.

ADAN. ¿Y qué! No es una razon...  
Vive... vive... ¿y dónde está?

JAC. Eso es lo que no sabrá.  
hasta su tiempo y sazón.

ADAN. Me invita á venir, admito,  
y me tiene usted armada  
una trampa, una emboscada...  
¿qué es esto caballero?

JAC. Es que voy á publicar  
su historia, y... cosa corriente,  
procediendo honradamente  
le he querido consultar...

ADAN. ¡Vaya unas consultas raras!

JAC. Pues, nada, bien, no se inquiete...

ADAN. Pero y á usted ¿quién le mete  
en camisa de once varas?

JAC. Si soy...

ADAN. Un loco de atar:  
que escriba lo que es notorio,  
lisonjero y meritorio...  
vamos, se puede pasar.  
Pero cosas de tal bulto,  
cosas de un órden privado...  
qué! ¿ya no hay nada vedado...

JAC. Pues por eso le consulto.

ADAN. Pues jamás consentiré  
en que publique...

- JAC. Más calma.
- ADAN. Ó sabré arrancarle el alma  
de una estocada.
- JAC. ¿Á mí? ¿y qué?
- ADAN. Cómo que ¡qué! ¡Es singular!.
- JAC. Suponiendo en ese atranco  
que yo sea ciego y manco  
y me la deje arrancar...  
¿Qué habrá conseguido?
- ADAN. ¿Qué?
- JAC. Comprometer más su nombre,  
dejando tendido un hombre...  
y la causa viva, en pie.
- ADAN. No está mal hecha la cama.
- JAC. Muerto yo, al siguiente día  
volará su biografía  
con las alas de la fama...
- ADAN. Y habrá escándalo...
- JAC. Y tormenta.
- ADAN. No sospeché que esta red...  
pero veo que es usted  
un buen pájaro, de cuenta.
- JAC. Soy espejo que reflejo  
de la vida las acciones;  
si ha dado usted resbalones,  
¿qué culpa tiene el espejo?.  
Por lo tanto le diré...  
¡General! la vida es corta:  
*arrojar la cara importa,*  
*que el espejo no hay por qué.*
- ADAN. (Con ira.) Los cielos me son testigos...  
pero dejémoslo así.  
¿Qué es lo que quiere de mí?
- JAC. Nada, que seamos amigos.
- ADAN. Eeeh?
- JAC. Sí.
- ADAN. Mas no es explicable...
- JAC. Los dos nos necesitamos;  
usted y yo completamos  
un poder incontrastable.
- ADAN. Hombre, tendría que ver  
que usted, un estudianton,

- me brindase proteccion  
¡á mí! ¡estando en el porder!
- JAC. Es verdad y lo confieso;  
usted está en el poder;  
pero el poder, á mi ver,  
no está en usted.
- ADAN. ¿Cómo es eso?
- JAC. ¿Que cómo? como lo digo.  
¿Su poder, su omnipotencia,  
evitan la conferencia  
que celebra ahora conmigo?  
Pues si usted, en puridad,  
poseyera el poder... ¡oh!  
¿adónde estaría yo  
á estas horas?
- ADAN. Es verdad.
- JAC. Nada, nada; es bobería  
sacar las cosas de quicio.
- ADAN. Mas...
- JAC. Decida su buen juicio;  
ó amigos ó biografía.
- ADAN. Pues es un grano de anís.
- JAC. Y hay que decidirlo en breve.
- ADAN. Pero ¿qué interés le mueve?...
- JAC. El interés del país.  
¿Cuál más noble puede ser  
que el interés nacional?  
Aquí, señor general,  
está todo por hacer.  
Aquí, en perpétua contienda,  
no hay caminos vecinales,  
no hay escuelas, no hay canales,  
no hay paz, crédito ni hacienda;  
ni una científica red  
de vias, siempre en progreso...  
pero usted hará todo eso
- ADAN. ¿Quién? yo lo he de hacer?...
- JAC. Usted.
- Porque usted con sus defectos  
y humanas debilidades,  
tiene grandes cualidades  
bajo otros muchos aspectos.

Cuenta usted hazañas mil  
en su vida borrascosa;  
pero le falta una cosa.

ADAN. ¿Qué cosa?

JAC. Un hombre civil.

Todos lo tienen, ¡pues no!  
para que bullan, se agiten  
y el camino faciliten;  
y su hombre civil... soy yo.

ADAN. Tal vez...

JAC. No hay otro registro.

Está usted arrinconado,  
en su carrera atrasado.

ADAN. ¿Atrasado y soy ministro?

JAC. Ministro de quita y pon,  
¿ministro, así, por azar,  
quien debe simbolizar  
¡él solo! una situación?

ADAN. No digo que...

JAC. Por supuesto;

¿y pensaba estarse así?  
hombre, hombre, jamás creí  
que fuera usted tan modesto.

ADAN. Yo...

JAC. La modestia le engaña:  
aún le falta otro entorchado.

ADAN. Ya; mas...

JAC. Y aún no ha titulado.

ADAN. Psé...

JAC. Y aún no es grande de España...

Y hay que serlo, general,  
que aunque por pudor no exija,  
piense en que tiene una hija  
sin contar la del...

ADAN. ¡Hay tal?...

¿Sale usted del mismo infierno?  
¿quién es usted?... me anonada...

JAC. Yo soy la ciencia encarnada  
del espíritu moderno.

Y quiero que su valor  
todos respeten y aguanten:  
y quiero que le levanten

- un monumento de honor;  
que en leyenda bien tendida  
diga á los que en pos vendrán.  
«Al gran capitán Adán  
la patria reconocida.»
- ADAN. Todo eso está bien urdido;  
¿pero cómo realizar?
- JAC. Muy sencillo; hay que empezar  
por ser jefe de partido.
- ADAN. ¿Dónde está? Según mi cuenta,  
cada cual lleva delante  
su jefe.
- JAC. ¿Y bien?
- ADAN. No hay vacante,  
no hay partido.
- JAC. Pues se inventa
- ADAN. ¡Imposible! ¿No es sabido  
que los hay *del sí y del no.*
- JAC. Pues falta el *del qué sé yo.*  
Ese! ¿ese es nuestro partido!
- ADAN. Hombre, usted tiene los malos;  
entra... y luego *sal si puedes.*
- JAC. Qué infelices son ustedes;  
no saben más que dar palos.
- ADAN. Y usted á todo le da  
salida, ó mete en su horma...  
pues qué! ¿un partido se forma...
- JAC. Y si lo estuviera ya?
- ADAN. Aaah!
- JAC. Oooh!
- ADAN. Y ¿quiénes lo componen?
- JAC. Todos los hombres honrados,  
los listos, los agraviados,  
los que ascender se proponen,  
los neutrales *ache y efe,*  
todos forman, muy cabal,  
el partido nacional  
que le aclamará por jefe.
- ADAN. Esas serán alegrías...
- JAC. Serán hechos.
- ADAN. Sin embargo...
- JAC. Deje usted eso á mi cargo;

es cosa de quince días.

El marqués de Miramar,  
presidente del Consejo,  
está gastado, es muy viejo,  
y usted le debe heredar.

ADAN. Debo... ¿pero combatir  
al que es hoy mi presidente?

JAC. Pues si eso es lo más corriente;  
nada, usted déjese ir,  
y tome lo que le den:

¿afuera escrúpulos vanos!  
los presidentes paisanos  
aquí no han probado bien.  
Ya verá usted con mi plan,  
cómo sin que dé la cara,  
la dualidad se declara,  
baja el viejo, y sube Adan.

ADAN. ¿Con qué doctrinas?

JAC. Con todas.

ADAN. Hombre, ¿con todas? ¡demonio!

JAC. Ellas no son patrimonio  
de nadie, como las modas.

ADAN. Me gusta la idea, abundo...

JAC. Verdades contra mentiras;  
nada de estrechez de miras;  
ancho campo á todo el mundo.

ADAN. Muy bien; bravo!

JAC. De este modo  
tendremos en buena cuenta,  
un gobierno... *Revalenta*,  
que servirá para todo.

ADAN. (¡Este mozo es una alhaja!)  
Hé aquí mi mano.

JAC. (Ya es mio.)

Unido á usted, desafío...  
Hablemos algo de caja.  
Nos es de sumo interés  
proceder sin detencion  
á influir en la opinion.

ADAN. Un periódico.

JAC. No, tres.

ADAN. ¿Tres?!

- JAC. Sí; tres de variado  
color.
- ADAN. Ah! ya, sí.
- JAC. Poseo  
el sistema del mareo.
- ADAN. Sí señor; ya lo he notado.
- JAC. Podremos necesitar  
cinco mil duros al mes  
por seis meses...
- ADAN. ¡Treinta!
- JAC. Eso es.
- ADAN. ¿Quién los va á proporcionar?
- JAC. ¿Quién? Usted.
- ADAN. ¡Yo!... vaya un tajo.
- JAC. ¿No tiene en Lóndres seguros,  
quinientos treinta mil duros?
- ADAN. ¡No son tantos!
- JAC. No rebajo  
ni uno. En casa de Fulgencio  
Shmidt, bajo buena llave.
- ADAN. Hombre, usted todo lo sabe.
- JAC. Todo! hasta lo de... (Le habla al oído.)
- ADAN. (Muy azorado.) ¡Silencio!!  
Cuenta usted... Mas le suplico...
- JAC. Como un muerto. Esto hay que hacer;  
es sembrar para coger...  
¿qué importa á usted ese pico?  
Voy á empezar al momento  
con suavidad, sin alarma;  
¡ya verá usted la que se arma!  
(Dándole un papel.)  
Hágame ese nombramiento.
- ADAN. (Leyendo.) «Don Valentin Maldonado...»  
No puede ser, no es posible.
- JAC. Mi general, lo imposible  
entre los dos ha dejado  
de existir.
- ADAN. Si es un maton;  
si está fuera del servicio;  
y jugador... uf!...
- JAC. Sin perjuicio...  
es hombre de corazon:

- bizarro, por todo salta:  
no tiene igual su fiereza;  
va sentando la cabeza,  
y ademas nos hace falta.
- ADAN. Se armaría una Babel!
- JAC. Por vida de Marco Túlio,  
Julio César, ¡el gran Julio!  
no fué más honrado que él.
- ADAN. Á ese oficial no le he dado  
un grado, ni un solo empleo...
- JAC. ¿Á Julio César? lo creo;  
pero no ha escrupulizado  
en tal noche de placeres  
y á instancias de una condesa,  
nombrar en la sobremesa  
treinta y cinco brigadieres.
- ADAN. ¿Tambien sabe usted?...
- JAC. Si soy  
la sombra fija y constante...
- ADAN. (Metiéndose violentamente la nota en el bolsillo.)  
Bien, se le hará comandante.  
¿Quiere usted más?
- JAC. No, por hoy.  
Supongo que me enviará...
- ADAN. Hoy mismo, ya puesto el yugo,  
cuanto ántes... Adios, verdugo.
- JAC. Adios, duque. (Estrechándole la mano.)
- ADAN. ¡Oh!...
- JAC. *Ça viendra.*

### ESCENA XIII.

JACINTO.

¡Brillante espada, fulmínea...  
Yo haré que tu fuego asombre!  
¡Cómo sudo! ¡ya soy hombre!  
¡Victoria en toda la línea!  
(Gritando.) Mas dónde están?... ¡Á ver, tropa!  
¡todos á mí!  
(Salen todos apresuradamente con las servilletas  
puestas cada cual á su modo, como si se levanta-

ran de la mesa.)

## ESCENA XIV.

MARTA, CARIDAD, JACINTO, PLÁCIDO, VALENTIN, LINO  
y BRUNO.

MARTA. ¡Grita?  
LINO. ¿Á ver?  
VAL. Qué hay que hacer?  
PLAC. ¡Qué?  
JAC. ¡Qué hay que hacer?

lo primero hacerse ropa.  
Vamos á entrar en contiendas  
con hombres que no son romos:  
que al ménos digan que somos  
muchachos de buenas prendas.  
(Circulando entre los que están en escena y con  
volubilidad.)

Chico. ya eres comandante.

VAL. Eh?  
JAC. (Á Plácido, Lino y Bruno.) Ya teneis posicion.  
(Á Caridad.) Ensanche ese corazon;  
esperanza y adelante.  
(Á Marta.) Usted, hágase tambien  
unos trajes; busque casa;  
dos casas...

CAR. ¿Dos?  
MARTA. Pues ¿qué pasa?  
JAC. Toma, que ya somos... ¡quién!

(Separándose con direccion al proscenio, mientras  
los demas agrupados accionan como asombrados y  
hablando entre sí señalando alguna vez á Jacinto.)

Que vamos á echar carroza;  
porque me he dado tal arte,  
que desde hoy formamos parte  
del mundo que come y goza.  
Y pues que hallé la ocasion...  
adios, pobre democracia;  
de tí me despido... ¡Audacia!  
¡y á explotar *El gran filon!*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

Salon despacho en un cuarto bajo, adornado con elegancia.

En el lienzo del fondo una ó dos rejas grandes. En el costado de la derecha una puerta para las entradas de la calle, y otra pequeña secreta que se supone comunica con el piso principal: en el de la izquierda, otra puerta que conduce al interior de la casa. Dos grandes mesas de despacho en lugar conveniente, cubiertas de libros y periódicos.

Aparecen, Jacinto en traje de mañana, sentado á una de las mesas, y dejando de escribir. Fanny, como de casa, apoyando los brazos sobre la mesa en que escribe Jacinto.

### ESCENA PRIMERA.

FANNY, JACINTO.

FANNY. ¿Conque no están?

JAC. No señora.

FANNY. ¿Tan de mañana?...

JAC. Sí, á misa...

FANNY. Pues qué, ¿es hoy dia de fiesta?

JAC. No sé... Van todos los dias...

FANNY. Desde que han tenido ustedes la ocurrencia felicísima de venirse á nuestra casa, abajo ustedes, yo arriba,

:

nos vemos ménos que ántes.

JAC. (Levantándose.) Es cierto... (¡qué pesadilla!)

FANNY. ¿Va usted á hablar hoy?

JAC. Preciso.

FANNY. Oh!... pues habrá tremolina.

JAC. Puede ser; la votacion  
de ayer claro nos indica  
que el marqués de Miramar  
va muy de capa caida;  
por lo tanto, hoy le daremos  
la batalla decisiva.

FANNY. No perderé la sesion,  
porque será entretenida;  
y como habla usted tan bien...

JAC. Oh!... cuando la patria inspira...

FANNY. Tengo tribuna de órden,  
y si quieren las vecinas  
acompañarme...

JAC. Lo dudo...

Doña Marta no es política,  
y Caridad aún lo es ménos;  
se asusta la pobre chica...

FANNY. Ya!... por usted temerá:  
como es una sensitiva...  
y ¿sabe usted ya quién es  
el padre de esa pollita?

JAC. Aún no; voy á los alcances...  
y espero que...

FANNY. ¿Todavía?  
pues há tiempo me dijeron  
que iba usted sobre la pista  
de nó sé qué general...

JAC. Sí, un general... de marina.

FANNY. No, de tierra.

JAC. No señora;  
de marina le dirían...  
pero solo hay conjeturas...  
Y ¿qué ha sido de su hija?...

FANNY. ¿Mi Patrocinio? en Leon.  
Apreciando las noticias  
que usted me dió, la he sacado  
del colegio, y con su tia

está en una hermosa granja,  
propiedad de mi familia.  
No está allí bien?

JAC. No señora.

FANNY. Por qué?

JAC. Porque andan partidas...

FANNY. Partidas?

JAC. Y aunque ahora acaba  
de darles una batida  
el coronel Maldonado,  
con sin igual bizarría,  
sin embargo, es peligroso  
que esté allí una jóven, linda...

FANNY. Pues bien; la enviaré á Granada  
con mi hermana Carolina.

JAC. ¿No fuera mejor traerla  
á su lado...

FANNY. ¡Si es tan niña!

JAC. Diez y seis...

FANNY. Aún va de corto...

JAC. Ya!...

FANNY. Y es la inocencia misma:  
no la puedo aún presentar...  
y en Madrid se aburriría...

JAC. (Como toda madre verde;  
le hace sombra la chiquilla.)  
Bueno; usted sabrá, condesa...

FANNY. No me llamé así; me crispa  
los nervios el tal condado...

JAC. ¿Por qué?...

FANNY. Condado de quínola:  
un alias, que mi marido,  
á fuerza de gacetillas,  
ha obtenido...

JAC. No; sus méritos...

FANNY. Já!... já!... ¡cosa más ridícula...

JAC. La llamaré generala...

FANNY. Generala!... me daría  
pruebas de buena amistad,  
de confianza más íntima  
llamándome Fanny.

JAC. ¿Fanny?...

(Ésta viene decidida  
á hacerme perder el tiempo.)

¿Segun eso, usted no esquivo  
que la trate con franqueza?

FANNY. ¡Oh!... con franqueza cumplida.

JAC. Pues Fanny, mi amiga Fanny...

(Mirando el reloj.) avanza á galope el dia,  
y este es un dia solemne.

Voy... á cambiar de levita,

y beso á Fanny los piés.

(Entra en la habitacion de la izquierda.)

## ESCENA II.

FANNY, despues ADAN.

FANNY. Pues me gusta la salida...

estos hombres de talento

hacen cada tontería...

(Sale Adan por la puerta secreta.)

ADAN. ¡Qué hace usted aquí?... (Gritando.)

FANNY. Ay!... Jesús... (td.)

Jesús, qué susto me ha dado!

ADAN. Si no se anduviera usted

recorriendo los despachos...

FANNY. No recorro estos lugares

sino de Pascuas á Ramos...

ADAN. Pues sobran Ramos y Pascuas;

¿se le ha perdido aquí algo?

FANNY. ¿Á mi? nada; pero usted

tal vez algo habrá encontrado.

ADAN. Ya tenemos lo de siempre;

el cambio! el cambio...

FANNY. ¿Qué cambio?

ADAN. El que consiste en trocar

los papeles; yo me enfado,

la reprendo con razon,

y acaba usted regañando.

FANNY. Porque esa razon no existe;

y si no ¿á qué tan temprano

ha bajado usted?

ADAN. ¿No digo?

Yo tengo aquí asuntos árdulos que tratar. ¿Y usted, y usted, á qué ha bajado?

FANNY. He bajado...  
á invitar á estas señoras por si querían un rato venir conmigo al Congreso...

ADAN. Ya! sí!...

FANNY. De los Diputados.  
Y como hoy dicen que habrá sesion de grande espectáculo...

ADAN. Pues, no puede haber funcion sin tarasca. Le declaro que hace usted la misma falta aquí y allí que los galgos...

FANNY. Preciosas comparaciones!

ADAN. Pero ambas son muy del caso; comparaciones muy propias...

FANNY. De un Adan... recien *condado*.

ADAN. ¡Fanny!

FANNY. ¡Adan!!

ADAN. Esas señoras que aquí viene usted buscando, están fuera.

FANNY. Y ¿dónde han ido?

ADAN. Qué sé yo? ¿soy su lacayo?

FANNY. Como cuentan por ahí que le sigue usted los pasos á la hija de doña Marta...

ADAN. Todo eso lo está inventando ahora mismo.

FANNY. ¿Para qué?

ADAN. Para meterlo á barato como acostumbra. ¡Qué necia salida de pie de banco!  
Yo á esa niña, ó lo que sea, en mi vida he saludado, ni la he visto, ni conozco ni me importa.

FANNY. ¡Qué milagro!

ADAN. El milagro es la paciencia con que la estoy escuchando.

Á mí no me envuelve usted  
con todos sus arrumacos;  
y en punto á coqueterías  
ya sabe cómo las gasto:  
que no soy ciego, ni sordo...

FANNY. ¿Qué ha de ser usted?

ADAN. Ni manco.

FANNY. (Por desgracia!)

ADAN. Conque, agur!

FANNY. ¡Celos aún! y ¡á mis años!

ADAN. Es que la que da en salir...

FANNY. ¡No siga usted!

ADAN. Bien, pues largo.

FANNY. Usted no es un general  
sino un dragon, un cosaco...

(Dirigiéndose á la puerta secreta.)

(Este hombre es insoportable;  
cada vez más ordinario.)

ADAN. ¿Qué murmura usted?

FANNY. Yo? digo...

ADAN. ¿Qué es lo que dice? sepamos!...

FANNY. (Desde la puerta.)

Que cuanto más sube usted  
parece que está más bajo.

(Desaparece por la puerta secreta cerrándola de golpe.)

### ESCENA III.

ADAN, despues JACINTO.

ADAN. ¡Si no mirára!... Es preciso  
incomunicar los cuartos:  
habrá que tapiar la puerta,  
porque esta mujer ó diablo,  
se cuela por todas partes...  
¡qué cruz!... no, no... ¡qué calvario!  
(Sale Jacinto en traje de calle.)

JAC. Cómo es eso, general,  
¿ya habla usted solo?

ADAN. Sí que hablo.

JAC. Pues cuidado, que es mal síntoma.

Mas ¿por qué se ha levantado?  
¿por qué se deja usted ver?

ADAN. Otra? Es el dia en que vamos...

JAC. Pues por lo mismo es preciso  
que se encierre en su santuario.

ADAN. ¿Y no he de ir á la sesion...

JAC. Hombre ¡por Dios! ni pensarlo;

¿no comprende que si asiste  
no podré tender el paño  
y hacer de usted los elogios  
que merece por sus actos?

Los elogios cara á cara,  
esos de... á boca de jarro,  
más que convencen, lastiman  
los oidos delicados.

Hoy exige mucha ciencia,  
más que el violin y el piano,  
el manejo por principios  
del humeante incensario.

ADAN. ¿Y bien?

JAC. Está usted enfermo:

el excesivo trabajo,  
los gravísimos asuntos  
á que vive consagrado,  
hoy le han postrado en el lecho...

ADAN. Y eso ¿no será un obstáculo  
para que despues me llamen?

JAC. Qué! no; todo lo contrario.  
Será un gran golpe de efecto  
que va á ponerle muy alto  
en la opinion: los dolientes  
no inspiran celos, y... al grano.  
Le llamarán; es seguro,  
dése usted ya por llamado;  
dice usted que no, que sí,  
se levanta renqueando,  
algo de tos, ojo triste  
como el de quien va obligado...  
tal cual lánguida sonrisa,  
algun apreton de manos,  
y forma su ministerio;  
miéntras por todos los ámbitos

decimos nosotros... «¡Qué hombre!  
¡ese hombre es un espartano!  
Se está muriendo y acude  
al servicio del Estado.  
Si esto hace cuando está enfermo  
¡qué no hará cuando esté sano?!»  
Esto circula, se extiende,  
arriba la Bolsa y...

ADAN.

Bravo!

Está usted en todo. ¡Y cómo  
sabré lo que va pasando?

JAC.

Ya le enviaré á Valentin...

ADAN.

¿Al coronel Maldonado?

¡está aquí?

JAC.

De madrugada-

llegó; está herido en un brazo.

ADAN.

¿Cosa grave?

JAC.

Pudo serlo;

pero él, nada; ya tan guapo...

ADAN.

¡Venirse haciendo allí falta! ..

¡Cuando están hormigueando

las partidas!... cuando tengo

á mi chiquilla en el campo,

porque mi mujer se empeña

en que esté forrajeando...

JAC.

Ps! la distancia es muy corta

se salva pronto, de un tranco...

y si lo hace brigadier

se volverá como un gamo...

ADAN.

¡Hombre! ¿está usted en su juicio?

JAC.

Es el ascenso inmediato.

ADAN.

Si hace poco que ascendió...

JAC.

Bah!... más de un mes...

ADAN.

¡Se le han dado

en seis meses tres empleos!

JAC.

¿Y qué más da tres que cuatro?

General!... el premio justo

no es bueno regatearlo:

ese hombre se ha conducido

como un coronel bizarro:

ha ganado una batalla...

ADAN.

!Qué batalla ni ocho cuartos!

- JAC. Una simple escaramuza...  
Hombre... ¡por todos los santos!  
calle usted, y deje que eso  
lo digan los adversarios.  
Debemos por nuestra parte  
darle importancia, bordarlo...  
precisamente se funda  
el discurso que preparo  
en ese gran hecho de armas,  
debido á usted, á sus cálculos...
- ADAN. Si no he tenido noticia...
- JAC. Sí tuvo; no hay que negarlo:  
usted desde el gabinete  
con su prevision, su tacto,  
y los planos y el compás...  
ha visto donde está el flaco  
del enemigo, y al punto,  
con la rapidez del rayo,  
ha trasmitido sus órdenes...
- ADAN. Ni una sola...
- JAC. ¡Voto al chápiro!  
Váyase usted á acostar  
y no despliegue los labios  
hasta recibir mi aviso...
- ADAN. ¡Acostar!...
- JAC. Es necesario;  
(Llevándose lo hácia la puerta secreta.)  
la patria lo exige...
- ADAN. Entónces...
- JAC. Está usted malo, muy malo...
- ADAN. Pues hasta luégo.
- JAC. (Cerrando la puerta.) Hasta luégo.  
Este hombre está conspirando  
contra su interés... si calla,  
el triunfo está asegurado.  
Entremos de lleno ahora  
en otra labor...  
(Toca el timbre y aparece en la puerta de la derecha el Portero.)

## ESCENA IV.

JACINTO, PORTERO.

- JAC. Macario?  
¿hay gente?
- PORT. Todo está lleno,  
hasta la escalera, el patio...
- JAC. Que aguarden. Eso es que huelen  
que aquí se reparte algo.  
Que digan á los señores  
que dirigen los diarios,  
que me iré pronto al Congreso  
y los estoy esperando.
- PORT. Don Cándido...
- JAC. Ah! ¿está mi agente...
- PORT. Sí señor; hace ya un rato...
- JAC. Pues llega en buena sazon;  
que pase. (Se retira el Portero.)  
Este es mi emisario  
de noticias en la Bolsa  
sin saberlo...

## ESCENA V.

JACINTO, D. CÁNDIDO.

- JAC. ¡Hola, don Cándido!  
¿Qué tal?
- CAND. Sin operaciones.
- JAC. Calma?
- CAND. Absoluta.
- JAC. ¿La renta?
- CAND. Ayer quedó á veinte ochenta.
- JAC. (Despues de meditar un momento.)  
Tome usted quince millones.
- CAND. ¿Hay crisis? (Respingando.)
- JAC. (Como distraido.) Aún no... despues...  
tal vez... pero hay que animar...
- CAND. Ah!... sí!...
- JAC. (Con indiferencia.) Puede usted tomar

- otros cinco... á fin de mes.  
CAND. Entónces...  
JAC. No es fijo aún...  
pero lo que es la jugada...  
¿comprende usted?  
CAND. Mucho. (Nada.)  
JAC. Espero...  
CAND. ¿Un cambio?  
JAC. Segun:  
á juzgar por el contexto...  
eh?...  
CAND. Sí.  
JAC. Y ciertas vaguedades,  
pudiera haber novedades...  
¿No me dará usted por texto?  
CAND. ¡Cá!  
JAC. Es positivo á mi ver...  
porque bullen y se agitan,  
las cosas se precipitan,  
y no hay tiempo que perder.  
Conque, á la Bolsa.  
CAND. (Sacando unos papeles en pliego largo.)  
Sí tal.  
JAC. Que el porvenir es muy bello.  
CAND. ¿Quiere usted firmar?  
JAC. ¿Qué es ello?  
CAND. Es la escritura dotal...  
JAC. (Dirigiéndose á una de las mesas.)  
Ah! sí.  
CAND. La cifra está en blanco.  
JAC. Pues ponga usted diez mil duros.  
(Escribe Cándido.)  
Y para que estén seguros  
entréguelos en el Banco.  
CAND. (Presentando uno de los pliegos.)  
El protocolo.  
JAC. (Firmando.) Ya está.  
CAND. (Recogiéndolo y entregándole otro.)  
La copia legalizada.  
JAC. (Guardándoselo y dando la mano á Cándido.)  
(Ya está Caridad dotada.)  
¡Á lucirse!

CAND. (Retirándose apresuradamente.) Vóime allá.

## ESCENA VI.

JACINTO.

Este va allá como el viento:  
compra á plazo y al contado;  
nos alborota el mercado,  
y sube el tres dos por ciento.  
¿Quién es el que no atesora?  
¿por qué no son todos ricos...  
(Mirando á la derecha.)  
Hola!... aquí están ya los chicos...

## ESCENA VII.

JACINTO, BRUNO, LINO, PLÁCIDO.

LINO. ¡El alcance!  
BRUNO. ¡La última hora!  
PLAC. Venga el último respunte.  
JAC. Pues que venís tan resueltos  
os dictaré varios sueltos.  
(Lino y Bruno se sientan á escribir cada uno á una mesa, colocándose Jacinto en medio de los dos.)  
PLAC. (Sentándose á un lado toma apuntes en una cartera.)  
Yo tomaré algun apunte.  
JAC. (Dictando á Lino.)  
«Hay crisis.  
(Á Bruno.) No hay crisis.  
(Á Lino.)  
Y segun nuestros exactísimos informes...  
(Á Bruno.) mas si la hubiera positivamente...  
(Á Lino.) la crisis será total,  
(Á Bruno.) será la crisis parcial.»  
PLAC. Y busca.  
JAC. (Paseándose y señalando al que dicta.)  
Vamos á otros.  
(Á Lino.) «El glorioso hecho de armas con

que el valiente coronel Maldonado...  
entre paréntesis. «(Ya brigadier...)»

PLAC. ¡Sopla!

JAC. «Acaba de asombrar á Europa...

PLAC. Hombre!... ¡á Europa?»

JAC. ¿Es poco? Pues pon: (Dictando á Lino.) acaba  
de asombrar al universo...»

PLAC. ¡Ave María Purísima!

JAC. (Á Bruno.) «Pudiera suceder que la crisis  
anunciada...»

(Á Lino.) «Universo? es debido no sólo al ar-  
rojo de tan intrépido jefe, sino tambien á la  
sábía direccion del ilustre general Adan,  
conde de la Almadrava...»

(Á Bruno.) «Se extendiera á más individuos  
de los que indican los rumores públicos...»

(A Lino.) «Almadrava?... á quien la opinion  
pública señala como el digno heredero de  
esta situacion que se bambolea.»

PLAC. Bambolea!... buena palabrilla.

JAC. (Á Bruno.) «Públicos? pero de ningun modo  
podrá alcanzar ni comprender al esclarecido  
conde de la Almadrava, porque el general  
Adan es el más firme sosten, el más legitimo  
orgullo de la patria!»

PLAC. Chúpate esa!

JAC. Ahora algunos nombres propios que toma-  
reis á la vez. (Dictando.) «Se indica para una  
cartera en la nueva administracion, al elo-  
cuente diputado don Jacinto de Albarrán.»

LINO. (Reptiendo.) Al elegante diputado...

JAC. Elegante? ¡no por Dios!  
elocuente, y es bastante...

LINO. Como eres tan elegante...

JAC. Bueno, bien; deja los dos...

PLAC. Alábate!

JAC. No hay malicia...

pudiendo hacerlo nosotros,  
¿hemos de esperar á que otros  
quieran hacernos justicia?

(Dictando.) «El eminente profesor y publicista  
don Lino Lanzuela, que hábilmente ha ex-

traido la bala que hirió al invencible brigadier Maldonado, se encargará probablemente de la Direccion general de Beneficencia y Santidad.»

LINO. (Se levanta, saluda á Jacinte con una inclinacion de cabeza, y se vuelve á sentar.)

Es muy justo.

PLAC. ¿Habrá babieca?

JAC. (Dictando.) «El candidato que cuenta con mayores simpatías para la Direccion general de Obras públicas, es el distinguido ingeniero relacionado con todas las sociedades científicas de Europa, don Bruno Arenillas del Canton.»

BRUNO. (Repitiendo la accion de Lino.)  
Gracias!

PLAC. ¡Obras... infelices!

JAC. (Dictando.) «Los cargos diplomáticos no representan la política especial de ningun partido, sino la general del país en sus relaciones internacionales. En ese concepto se designa para una de nuestras primeras plenipotencias, al independiente escritor, profundo filósofo é inspirado poeta, don Plácido Cantalejos.»

BRUNO. Vamos; y ahora, ¿qué dices?

PLAC. Todo eso es justicia seca.

JAC. Cada cual en su diario lo pondrá sin dilacion.  
(Á Plácido.) Tú que eres de oposicion, pondrás todo lo contrario.

(Lino y Bruno recogen sus cuartillas y se reunen á Jacinto y Plácido.)

PLAC. Pero sin tanto adjetivo.

JAC. Eso no! dejadme hacer:  
el adjetivo ha de ser nuestro primer objetivo.  
Aceptaré las reformas que querais... ya veis si lucho... pero ántes cuidemos mucho, ¡mucho! de las buenas formas.  
Nada; entregaos al cultivo

del adjetivo...

PLAC. (Con desden.) Son voces...

JAC. Desdichado! ¿Aún no conoces  
la fuerza del adjetivo?

Él es, ya esquivo, ya tierno,  
aunque parezca ridículo,  
el principal adminículo  
del espíritu moderno.

Yo el adjetivo bendigo:  
con uno de medio talle  
te puedes llevar de calle  
á tu mayor enemigo.

¿Pretendeis hacer efecto?  
pues conservad esta idea:  
no hay nadie que no se crea  
sabio, sublime, perfecto.

¿Aspirais á que os estime,  
convencerle y obligarle?  
pues empezad por llamarle  
sabio, perfecto, sublime.

¿Qué cuesta eso? ¿qué inventos  
hay más útiles?... y en plata,  
¿qué cosa habrá más barata  
que deje á todos contentos?

Chicos! lustre; mucho lustre!  
y el probo y el consecuente,  
el digno y el eminente,  
el inspirado, el ilustre,  
el invicto, el docto, en suma,  
tenedlos bien preparados,  
perpétuamente asomados  
á los puntos de la pluma.

Ese es el gran incentivo!...  
fuerza motriz de la idea;  
el maná, la panacea...  
porque el amable adjetivo...

(Á Plácido.) y mira cuánto te engañas;  
es un puñal de Albacete  
que todo el mundo se mete  
con placer en las entrañas.

PLAC. La leccion no es de perder.

BRUNO. Chico, hoy estás inspirado...

- LINO. Pero no hables demasiado;  
no vayas á enronquecer;  
que áun tienes que hablar.
- JAC. Me oirán;  
conservo sano el pulmon,  
y á más llevo provision  
de pastillas de DETHAN.
- BRUNO. Vaya, adios.
- JAC. Adios; y os ruego  
que en cuanto se vote... aquí  
os vengais.
- PLAC. Pues claro.
- LINO. Sí;  
adios.
- BRUNO. Adios.
- JAC. Hasta luégo.

## ESCENA VIII.

JACINTO.

Pues señor, bien; ¡á la brecha!  
el golpe está preparado:  
ya Valentin habrá andado  
por los barrios á esta fecha.  
Mas no vuelve Valentin,  
y este tragin es atroz...  
¿Á ver cómo estoy de voz?...  
(Declamando en voz alta.)  
«Señores! este es el fin:  
no más nebulosidades;  
porque el derecho, el contrato...  
(Alzando más la voz.)  
Y ¡cuenta!... que yo no trato  
de provocar tempestades.  
Mas sostendré lo que digo  
hasta morir en mi puesto.»  
(Salen por la puerta de la derecha y de mantilla,  
Doña Marta y Caridad.)

## ESCENA IX.

MARTA, CARIDAD, JACINTO.

- CAR. No; si está solo.
- MARTA. ¿Qué es esto?
- CAR. ¿Con quién habla usted?
- JAC. (Con naturalidad.) Conmigo.
- MARTA. ¡Jesús! ¿con violencia tanta?
- CAR. Temí alguna mala nueva...
- JAC. Pues nada; hacía una prueba de agilidad de garganta.
- (Se quitan las mantillas y las dejan con los abanicos en una de las mesas.)
- ¿Y qué hay por ahí?
- MARTA. Que al entrar he visto nuestros salones de bote en bote...
- CAR. Y ¡qué hombrones! apenas dejan pasar.
- MARTA. Hay de ellos un buen repuesto; mas ¿qué quieren esas gentes?
- JAC. Nada, nada... pretendientes que huelen el presupuesto.
- MARTA. Y ¿quién es ese señor...
- JAC. Es un árbol alto, enjuto, que vareándole da un fruto de dulcísimo sabor.
- ¿Y por fuera?
- MARTA. Por las muestras algo sucede en las calles: hemos visto ciertos talles...
- CAR. ¡Unas caras tan siniestras!..
- MARTA. Ah!... y nos dijo don Crispin el cura, que hay movimiento en los barrios.
- JAC. ¿Con qué intento... (¡La mano de Valentin!) Psé!... nada, no hay que hacer caso...
- CAR. Tengo un susto...
- JAC. Qué?... ¿por eso?..

bah!... bah... (Tomando el sombrero.)  
Me voy al Congreso.

CAR. ¿Va usted á pie?

JAC. Si está un paso.

(Volviendo desde la puerta.)

Ah!... con tanta variedad  
de cosas en infusion,  
me olvidaba de que hoy son  
los dias de Caridad.

(Saca la copia de la escritura.)

Por si viene un varapalo,  
en recuerdo de este dia,  
accepte usted, hija mia,  
este modesto regalo.

(Le entrega el papel y se retira por la puerta de-  
recha.)

## ESCENA X.

MARTA, CARIDAD.

MARTA. ¿Regalo ha dicho?

CAR. (Desdoblando el pliego.) Sí ha dicho.

MARTA. (Apoderándose de él.)

¿Á ver, á ver? Serán versos...

CAR. ¿Versos en papel sellado?

MARTA. (Revolviéndolo por todos lados.)

Esto parece un proceso.

CAR. (Volviendo á tomar el papel.)

Á ver?... aquí hay varias cruces:  
garrapatos estupendos...

MARTA. (Quitándole el papel.)

Ya sé lo que es... Dame... dame.

(Dándole vueltas.)

Sin duda es su testamento.

CAR. ¡Qué horror!

MARTA. (Tentándose los bolsillos.)

¿Dónde están mis gafas?

Toma, lee.

CAR. (Tomándolo.) No me atrevo...

¡Su testamento!...

MARTA. Y qué importa?

mientras esté sano y bueno...

CAR. Pero ¿no se morirá?

MARTA. ¿Qué ha de morirse por eso?  
Si tuviera aquí mis gafas  
ya sabríamos...

CAR. Pues leo.

«En la villa de Madrid,  
»á veintitantos de Enero,  
»ante mí... compareció  
»el licenciado en derecho  
»don Jacinto de Albarrán,  
»diputado por Toledo,  
»y dijo: Que deseando  
poner un tanto á cubierto  
de adversidades y urgencias,  
propias de los malos tiempos,  
á la huérfana... de Holguin,  
Doña Caridad Espejo,  
por vía de donacion  
*inter vivos*, desde luego  
depositaba en poder  
de mí el Notario del Reino  
la cantidad de *cincuenta  
mil pesetas*, en concepto  
de dote, si se establece,  
y si no para que de ellos  
use Doña Caridad  
como su absoluto dueño.  
Y en fe de que...»

MARTA. Basta, basta,

lo principal ya sabemos;  
¡Dios le bendiga!... Jesús!  
lo estoy viendo y no lo creo.  
(Vuelve á tomar la escritura.)  
Lo he de aprender de memoria...  
(Guardando la escritura en un bolsillo.)  
¡Qué precioso documento!  
Caridad!... ¡vaya un regalo!  
¡Y lo llamaba modesto!  
Eh? ¡cincuenta mil pesetas!  
¡cuántos millones... contemos.  
(Contando por los dedos.)

Cincuenta... y cincuenta, mil;  
y otros cincuenta y tres ceros...  
mil y quinientos millones...  
No! sospecho que me excedo...  
cincuenta mil por un lado,  
hacen dos duros y medio;  
y otros dos y medio, cinco;  
y otros cinco... diez... Me enredo;  
no doy con... ¿Qué tal será  
la suma cuando no acierto...  
pero sea lo que quiera,  
es mucho, mucho dinero.  
¡Hija mía de mi alma!  
¡gracias á Dios que ya veo  
asegurada tu suerte!  
Ya puedo morir sin riesgo  
de dejarte á la inclemencia  
en este mundo perverso...  
pero... ¡calle! ¿estás llorando?

CAR.

Sí, sí; de agradecimiento.

MARTA.

Ese es un llanto muy dulce,  
otro regalo del cielo,  
y yo también, Caridad,  
agradecida le vierto.

CAR.

¡Ay madre... qué don Jacinto?

MARTA.

¡Es un mozo más completo!  
Siempre lo dije: «Este jóven  
es el jóven de más peso,  
el más aprovechadito  
que hay en mi establecimiento.»

Y no, no quise agraviar  
á los otros:.. ni por pienso,  
pues todos han demostrado  
que son mozos de provecho.  
Mira si no á Valentin,  
qué paso lleva; no hablemos  
de Plácido, Lino y Bruno,  
á quienes citados veo  
con elogio en los papeles.  
Y ¡qué elogios?... No hay ejemplo  
de elogios más retumbantes...  
«El distinguido ingeniero...

el eminente escritor...  
el esclarecido médico...»  
¿Quién había de decir,  
cuando há poco, y en secreto,  
se atracaban de lentejas,  
ó de pisto, ó de higos secos,  
que eran unos santos padres?...

Digo!... cuando son objeto  
de alabanza en los papeles,  
¿tendrán los chicos talento?

CAR. No lo dudo; podrá ser...

MARTA. El mejor día los vemos  
llenos de cruces y bandas,  
casacon y tratamiento...

CAR. Dios los haga muy felices.

MARTA. Y nosotras lo seremos  
tambien, porque aquí no hay más  
que un alma en distintos cuerpos.  
¿Unidos, no hemos pasado  
los caminos más estrechos?  
pues justo es tambien que unidos  
los anchos atravesemos.

Ya verás qué bien se arregla:  
yo, de ama de gobierno  
de la casa de Jacinto;  
¿quién me disputa este puesto?  
tú, te casas con don Plácido...

CAR. ¡Con don Plácido!... no espero...

MARTA. ¿Qué me cuentas, hija mia?  
¡pues no bebía los vientos  
por tí cuando éramos pobres?

CAR. Psé!... capricho pasajero.  
Nada tenía que hacer,  
y como por pasatiempo,  
dió en decirme algunas frases...  
á las que nunca dí crédito.

Despues, desde que dirige  
un periódico, no ha vuelto  
á decirme una palabra.

MARTA. No vayas á tener celos  
de un periódico; sería  
perder por completo el seso,

- la mayor extravagancia...
- CAR. Señora, si no los tengo de ese papel, ni de nadie: ántes bien de su silencio y de que no piense en mí, con toda el alma me alegro.
- MARTA. Pues no opino como tú; era un bello casamiento...
- CAR. Casamiento sin amor, madre, ¿cómo ha de ser bello?
- MARTA. ¿Sin amor?... eso lo dices...
- CAR. Lo digo como lo siento, y como es verdad tambien; ni me quiere... ni le quiero, ni le he querido jamás: no se adaptan nuestros genios: presume tanto de sabio, es tan solemne, tan hueco... y yo de la sencillez tan amiga me confieso, que nunca con seriedad pude escuchar sus lamentos.
- MARTA. Me dejas hecha una pieza... yo, que contaba con veros unidos... ahora salimos conque averiguado el cuento, no tenemos ni una pizca de novio para un remedio?
- CAR. Pero ¿qué falta nos hace?
- MARTA. Por una parte, convengo, pues tienes para vivir; mas lo que es por otra, niego. Tú aun no conoces la falta que hace un hombre, ó por lo ménos una sombra de varon que nos dé tono y respeto... ¿Es posible que no pienses en nadie?
- CAR. ¡Vaya si pienso!
- MARTA. Toma, ¿y no me has dicho nada? hola! hola! ¿esas tenemos?
- CAR. ¿Y para qué, si la imágen

- que dentro del alma llevo,  
aun no ha reparado en mí...
- MARTA. No?... valiente majadero...
- CAR. No, madre, no; que es un hombre  
á quien todos le debemos  
estimacion y cariño,  
y gratitud...
- MARTA. No comprendo...
- CAR. El que hoy á la pobre huérfana  
ha dotado...
- MARTA. ¡Dios eterno!  
¿Es Jacinto?
- CAR. Noche y dia  
va unido á mi pensamiento.
- MARTA. ¡Pobre chica! Me parece  
que has alzado mucho el vuelo...  
Jacinto es un gran partido  
para tí; pues, ¡ya lo creo!  
pero si él en tí no piensa,  
con todo tu amor, ¿qué haremos?
- CAR. Nada... por eso lo oculto  
en el fondo de mi pecho;  
callo, disimulo y lloro,  
y á mi estrella me someto.
- MARTA. Me partes el corazon...  
¡Jacinto!... ¡qué más quisiéramos!...  
(Como escuchando.)  
Pasos!... enjuga los ojos...  
(Sale Valentin por la derecha, de paisano y con el  
brazo izquierdo en cabestrillo.)

## ESCENA XI.

CARIDAD, MARTA, VALENTIN.

- VAL. (Saliendo.) Patrona!... ¿hay alojamiento?
- CAR. Ah!
- MARTA. ¡Valentin!... ni un indicio  
tenía...
- VAL. ¡Venga un abrazo! (Se abrazan.)
- MARTA. Pero ¿qué es esto del brazo?
- VAL. Nada; gajes del oficio...

con fortuna... Pues señor,  
¿ustedes bien?

MARTA. Sí en verdad...

VAL. ¡Qué linda está Caridad!

CAR. ¿Y usted de tan buen humor  
como siempre?...

VAL. Y ¿qué he de hacer?

dan por rabiarse ó reír  
lo mismo, conque ¡á vivir!  
Hoy me convidó á comer.

CAR. Me alegro!...

MARTA. No me contristo!

VAL. Son días de Caridad,  
y pido hospitalidad...  
¿supongo que no habrá pisto?

MARTA. ¿Qué ha de haber? bueno sería...  
pero ántes alguna cosa  
tomará...

VAL. Marta piadosa...  
con gusto refrescaría...

CAR. ¿Qué refresco?

VAL. Estoy sediento...

un refresco de vivac,  
rhon, ó jerez, ó cognac...

MARTA. Dí que saquen...

CAR. (Retirándose por la izquierda.) Al momento.

VAL. He buscado en varios puntos  
á ustedes...

MARTA. Sí?

VAL. Por instinto;

pero al fin hallé á Jacinto,  
y me dijo que aquí juntos  
vivían, y que él también...

MARTA. Se empeñó... hizo mil extremos...  
no quiere que le dejemos...

VAL. Doña Marta, hace muy bien.  
Yo hubiera así procedido  
en su caso; ¡por mi nombre!...

¿de qué sirve ó vale un hombre  
si no es hombre agradecido?

Un tiempo la subsistencia  
le debimos; y confieso

- que merece... no digo eso,  
¡la cruz de Beneficencia!
- MARTA. ¡Eh! no tenga tan presente...
- VAL. Lo demas fuera ruin...  
cuente usted con Valentin  
hasta la pared de enfrente.  
Y ya que en *el de Piedad*  
metió su fortuna entera...  
(Dándole dos estuchitos.)  
tome usted esa friolera  
para usted y Caridad.
- MARTA. (Abriéndolos.) ¡Joyas!... ¡valen un imperio!  
(En tono de reconvencion.)  
Pero Valentin...
- VAL. Si hay trigo;  
es un recuerdo de amigo...  
(Viendo salir á un Criado que pone sobre una de  
las mesas una bandeja con botellas y copas, y se  
retira.)  
Hola! aquí está el refrigerio.
- MARTA. (Mirando á la derecha.)  
Y Plácido. (Á Valentin.) ¡Qué bondad  
la suya!... esto es una viña...  
Voy á enseñar á la niña...
- VAL. Bien.
- MARTA. (Retirándose por la izquierda.)  
Caridad! Caridad!

## ESCENA XII.

PLÁCIDO, VALENTIN.

- PLAC. Calle!... ¿aquí estás ya, danzante?
- VAL. He venido á recorrer...
- PLAC. Y á que te hagan brigadier.
- VAL. ¿Y á tí qué te hacen, tunante?
- PLAC. Soy jefe de *El Meteoro*,  
periódico independiente:  
no lo lee mucha gente,  
pero yo gano un tesoro.
- VAL. ¿Tan grande es la suscripcion?
- PLAC. No es una gran cosa... en cuanto

- cubro los... pero es un tanto  
crecida la subvencion.
- VAL. Y tú ¿siempre en contra...
- PLAC. Oh! sí.
- VAL. Con tu independenciam...
- PLAC. Pues.
- VAL. Y tu dignidad...
- PLAC. Eso es  
idiosincrático en mí.
- VAL. (Sirviéndose una copa.)  
Muy bien, ¿quieres refrescar?
- PLAC. Quita allá... no soy borracho.
- VAL. (Después de apurar la copa.)  
Tú harás carrera, muchacho.
- PLAC. Pues no te debes quejar;  
bien os va á los militares.
- VAL. Pues vosotros los civiles  
no os deteneis en perfiles  
para elevaros altares.
- PLAC. Bah!... miserias, casi nada;  
ya ves... ¡con mi gran carrera!...  
mereciendo una cartera...  
me darán una embajada.
- VAL. Injusticia!
- PLAC. Pero yo  
les daré el condigno pago.
- VAL. (Llenando otra copa y bebiéndosela.)  
Eso! eso!... Ven y echa un trago...
- PLAC. Hombre, ya he dicho que no.
- VAL. ¿Y qué hay? ¿ha empezado á hablar  
Jacinto?
- PLAC. Sí; del Congreso  
vengo...
- VAL. Bien, ¿cómo va eso?
- PLAC. No he podido penetrar.  
Por dentro há más de dos horas  
que está lleno; hay mil atrancos...  
tribunas, pasillos, bancos...  
¿qué inundacion de señoras!  
Por oír al orador  
se empujan, desatavían...
- VAL. ¡Cuánto mejor estarían

- en casa haciendo labor!
- PLAC. Por fuera hay muchos corrillos:  
van, vienen á la carrera  
de los pasillos afuera,  
y de fuera á los pasillos.  
Se murmura sordamente...  
«Adan! Adan! viva!... ¡ese es  
un hombre!... ¡abajo el marqués!  
fuera el viejo!»
- VAL. (¡Esa es mi gente!)
- PLAC. Por manera que si dan  
en gritar y hacer extremos,  
creo que contar podremos  
con un ministerio Adan.
- VAL. Pronto de ese laberinto  
saldremos...  
(Sale Bruno muy agitado.)

### ESCENA XIII.

DICHOS, BRUNO.

- BRUNO. Señores!
- VAL. Bruno!
- BRUNO. (Abrazándolo.)  
Valentin!... Siempre oportuno!...  
Pues señor, la armó Jacinto!
- PLAC. y VAL. Cuenta!...
- BRUNO. Apenas puedo hablar...  
¡qué! si vengo hecho una fragua...  
(Ofreciéndole una copa de cognac.)  
Refréscate.
- BRUNO. No! sólo agua. (La bebe.)
- VAL. Eso es tirarse á matar.
- BRUNO. Breve ha sido y jocosério;  
mas con su breve discurso,  
ha electrizado al concurso  
y aplastado al ministerio.  
Sus mandobles y estocadas  
se levantó á contestar  
el marqués de Miramar...  
que si quieres!... ¡qué oleadas!

¡qué rumores! ¡qué silbidos!  
«¡Orden!... ¡Silencio, señores!...  
Á ver, ¡esos celadores!...»  
pero éstos... como dormidos.  
Volvió Jacinto, con alma,  
á rectificar, y en cuanto  
habló... como por encanto  
se restableció la calma.  
Caballeros... ¡qué fraterna!  
¡qué voz! ¡qué gesto! ¡qué pico...  
(Sale Fanny muy sofocada.)

## ESCENA XIV.

DICHOS, FANNY.

FANNY. Ay!... ¿quién me da un abanico?...  
puf!... ¡cómo huele á taberna!

VAL. (Mi suegra!)

PLAC. La generala.

VAL. Pide un abanico, Bruno.

PLAC. Descanse usted.

BRUNO. (Presentándole un abanico.) Aquí hay uno.

VAL. (Ofreciéndole una copa de licor.)  
¿Gusta usted?

FANNY. ¿Qué es?

VAL. Calaguala.

FANNY. (Sentándose.) Son obsequios inconexos...  
¡buena estoy para licores!...

PLAC. ¿Qué le ha pasado?...

FANNY. (Abanicándose.) ¡Ah, señores!  
¡ya no hay distincion de sexos!

TODOS. Cómo...

FANNY. ¡Dejadme que estalle...  
Nos ha puesto el presidente...

VAL. Dónde?

FANNY. Ignominiosamente  
de patitas en la calle!

BRUNO. ¿Á las señoras tambien!

FANNY. Á todos, sin distincion.  
Se estaba en la votacion,  
cuando ocurre á un no sé quién.

bostezar.—«Alto!... gritó  
el presidente, esto es ya  
muy grave... ¿quién ha hecho... áaaa!»  
y un chusco responde.—«¡Yooo!»  
—¡«Fuera!—Sí!—No!—¡Es un insulto!  
—Que se despejen algunas...  
—No! no!... ¡todas las tribunas!...»  
Y fué creciendo el tumulto.

La guardia sube, el bullicio  
aumenta... ¡qué de codazos!...  
en fin, casi á culatazos  
nos echan del edificio.  
Pues ¡anda! que lo mejor  
abajo nos esperaba:  
cada cual allí gritaba  
hasta enronquecer... ¡qué horror!  
¡qué bramar! ¡todos furiosos!  
y la tropa, y los corrillos  
de hombres de bien, y de pillos,  
de rateros y curiosos,  
á quien con más fuerza da,  
entre buenos y entre malos  
¡ha empezado una de palos...  
(¿Hay palos? pues voy allá!)

VAL.

(Se retira, sin que lo noten, por la derecha.)

FANNY.

Pero yo pierdo el sentido.  
Señores, ¿por quién dirán  
que es todo esto? ¡por Adan!  
pues, ¡por mi señor marido!  
Y dale...—«Que él solo mande.»  
—«Que es muy popular su nombre.»  
«Que él es nuestro grande hombre...»  
¡Cuando es sólo un hombre grande!  
Y vuelta con que... «Al presente  
por el servicio enfermó...»—  
¡Enfermó!... y nunca gozó  
de salud más insolente!...  
Uf!... vamos ¡me quedo bizca!  
esto es mentir con descaró,  
y si no es mentir, declaro  
que no lo entiendo ni pizca.  
(Sale apresuradamente Lino.)

ESCENA XV.

FANNY, PLÁCIDO, BRUNO y LINO.

LINO. ¿Y el general? ¿no bajó?

PLAC. y BRUNO. No le hemos visto.

FANNY. ¿Qué pasa?

LINO. Que le llaman!

FANNY. ¿No está en casa?

LINO. No señora.

FANNY. ¿Cómo no?

Si le he dejado durmiendo  
como un liron...

LINO. He subido

y me han dicho que ha salido...

FANNY. Vaya!... eso es que se está haciendo  
ahora el interesante...

LINO. Pues que acuda es menester...

FANNY. (Saludando.)

Bien. ¿Señores?... Voy á ver...  
yo haré que salte al instante.

(Desaparece por la puerta secreta.)

BRUNO. Calle!... ¿se fué Valentin?

LINO. Ya está allí trazando curvas,  
y apaciguando las turbas...

(Con misterio y bajando la voz.)

¡Si es el jefe del motin!

PLAC. ¡Él?...

LINO. (Gritándole al oído.) Él!... él!!

PLAC. No me taladres

el tímpano. Ya!... ¿esto ha sido...

LINO. ¿Y hasta ahora no has caído?

PLAC. ¡Vaya un juego de compadres!

BRUNO. ¿Y Jacinto?

LINO. Ahora vendrá!

Llueven felicitaciones  
sobre él... ¡qué de apretujones...

(Mirando á la derecha.)

Pero ¡es él!... aquí está ya!

(Entran del brazo Jacinto y Valentin.)

## ESCENA XVI.

JACINTO, VALENTIN, PLÁCIDO, LINO y BRUNO.

LINO. ¡Oh, varon de altos blasones!

BRUNO. ¿Qué tal?...

JAC. Venciendo, venciendo...

(Bajo á Valentin.)

Vete á la Bolsa corriendo

y toma veinte millones.

VAL. (Retirándose por la derecha.)

Vuelvo.

LINO. Y Adan ¿pareció?

JAC. Ya queda en la presidencia  
del Congreso, y con urgencia  
le espero.

BRUNO. Vendrá?

JAC. Pues no?

(Dando á cada uno una hoja de papel.)

Vamos á ver, con premura  
publicad por suplemento  
los nuevos...

LINO. Venga.

BRUNO. Al momento.

PLAC. ¿Me has puesto en candidatura?

BRUNO. ¿Á tí!

LINO. ¿Qué diría el país...

JAC. No, tú irás á Portugal.

BRUNO. Para empezar no vas mal.

PLAC. Mejor iría á París.

JAC. Todos haremos papel;  
ha empezado el movimiento...

LINO. (Mirando á la derecha.)

Adan!

JAC. Pues al suplemento;  
dejadme á solas con él.

(Aparece Adan, de paisano; Plácido, Lino y Bruno  
le saludan respetuosamente y se retiran.)

ESCENA XVII.

JACINTO, ADAN, despues CÁNDIDO.

JAC. ¿Bien?

ADAN. Muy bien hasta la fecha;  
pero la mision es dura:  
no tengo candidatura...  
hagámosla.

JAC. (Dándole un papel doblado.) Ya está hecha.

ADAN. Hombre! ¿tan pronto arregló!...

JAC. Ya sabe que soy así.

ADAN. ¿Con Hacienda y todo...

JAC. Sí.

ADAN. ¿Quién carga con él...

JAC. Quién? yo.

ADAN. ¿Usted!...

JAC. Yo.

ADAN. No me atrevía...

¡Un abrazo!

JAC. Y mil!

ADAN. Le juro

que me saca de un apuro,  
porque nadie la quería.

JAC. Es que aquí no hay quién entienda...

pero há tiempo, así... callando,

que yo me vengo criando

para ministro de Hacienda.

(Aparece D. Cándido por la puerta de la derecha.

Titubea, intenta retirarse, pero se queda haciendo  
aspavientos á medida que habla Jacinto.)

ADAN. Aah!...

JAC. (Que ha visto de reojo á Cándido.)

(Hola!... mi noticiero.)

(Alzando la voz para que le oiga Cándido.)

Pues sí señor; eso salta

á la vista: aquí hace falta

dinero, mucho dinero.

ADAN. Esa! ¡esa es la medicina!

pero ¿quién con ella da?

JAC. El que sepa donde está.

ADAN. ¿Y usted lo...

JAC. Sí.

ADAN. ¿Dónde?

JAC. En China.

Y no! no habrá quién estorbe  
el proyecto que he trazado:  
en China yace estancado  
todo el dinero del Orbe.  
Ya sabemos dónde está;  
¿quién puede en duda ponerlo?  
Sólo ahora falta traerlo...  
pues se traerá.

ADAN. Eh?

JAC. ¡Se traerá!

Pero silencio profundo:  
pende de ello el que arreglemos  
la Deuda...

ADAN. Sí?

JAC. Y que paguemos  
el cupon... ¡y á todo el mundo!

ADAN. Cosa segura?

JAC. Segura!

pondremos piés en pared...  
Conque, nada, corra usted.  
Con esa candidatura  
y condensando intereses,  
se lo digo muy en serio,  
tenemos ya ministerio  
lo ménos... (para dos meses.)

ADAN. Voy, voy. (Retirándose sin reparar en Cándido.)

JAC. (Á Cándido.) Hola... ¿usted ahí?

CAND. Empieza el alza, y venía  
á saber si usted quería  
tomar ó vender...

JAC. Concluí

de jugar. Ya eso pasó.  
Yo, como particular  
me he podido aventurar...  
(Estirándose y con autoridad.)  
mas como ministro... ¡no!!  
Yo no juego á cartas vistas:  
lealtad y honor me mantienen:

¡haya luz!... y á ver qué tienen  
que decir los moralistas.  
Conque adios; hasta despues;  
porque me tiene abrumado  
el servicio del Estado...

CAND.

(Saludando y retirándose.)  
(¡Qué hombre! ¡qué desinterés!  
Cuando solo en carreteras  
podríamos... ¡qué derroche!)

## ESCENA XVIII.

JACINTO.

Esto se sabe esta noche  
en Madrid y en las afueras.

(Meditando.)

Primer acto; un arreglito  
parcial de secretaría;  
si no lo hiciera sería

un escándalo, y no admito...

Despues... pero no; mañana...

¿qué mañana?... hay que emprender...

¡vaya! ¡apenas hay que hacer!...

(Como tomando una enérgica resolución.)

(¡Me voy á la Castellana!)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

---

## ACTO TERCERO.

---

La misma decoracion que en el acto anterior. Han desaparecido las mesas. Muebles de lujo.

### ESCENA PRIMERA.

MARTA, LINO, BRUNO.

MARTA. Orden del dia.

LINO. ¿Qué pasa?

MARTA. Los amigos verdaderos,  
hoy, sin excusas ni peros,  
comerán en esta casa.

LINO. Qué! ¿tenemos alboroque?

BRUNO. ¿Qué ocurre en este recinto?  
¿á qué santo?...

### ESCENA II.

DICHOS, JACINTO.

JAC. Á san Jacinto,  
compañero de san Roque.

LINO. San Jacinto...

BRUNO. ¿Hoy es tu dia?

LINO. Convenido, comeremos.

JAC. Deseo que celebremos  
nuestra honrosa cesantía.

Doña Marta y Caridad  
tienen ya el *menu* y les ruego  
que cuiden...

MARTA. (Retirándose por la izquierda.)

Pues hasta luégo.

LINO. ¡Qué triste solemnidad!

BRUNO. ¡Lástima de Direccion!

LINO. ¡Con qué pena dimití!...  
pero lo has mandado y...  
cartuchera en el cañon.

BRUNO. No entiendo esta cesantía.

LINO. ¡Dos direcciones!...

BRUNO. ¡Qué buen...

LINO. ¡Me iba en la mia tan bien!...

BRUNO. Y á mí tambien en la mia!

(Á Jacinto.)

¡Y tambien tú!... ¿Con qué objeto?...

LINO. Con el de exaltar mi bilis.

JAC. Bah!... no dais en el busilis;  
pero os pondré en el secreto.

LINO. Todo me vuelvo atencion.

BRUNO. Y yo.

JAC. (Despues de ver si escucha álguien.)

Lo que hay que saber  
en política, es hacer  
á tiempo una dimision.  
¿Preguntais con ansiedad  
por qué dejé el ministerio?  
pues bien, no hay otro misterio  
que el de la necesidad.  
Como una pieza forzada  
prometí mucho al subir...  
mas como en punto á cumplir  
no es posible cumplir nada,  
comprendiendo que es mi suerte  
ser arrojado del puesto,  
me he valido... de un pretexto,  
y he dicho... otro se divierte.  
Así queda mi opinion  
en conveniente lugar;  
así podré figurar  
en otra combinacion

- despues... un dia cualquiera;  
y siga en tanto el belen.  
¡Se ven los toros tan bien,  
tan bien, desde la barrera!
- LINO. Pero nosotros, ¿qué mal  
había en...
- JAC. ¿Que eso ignoreis?  
Vosotros perteneceis  
á mi fraccion personal.  
Miramar, con su valía,  
que es mucha, engruesa su bando,  
pues va en su campo ingresando  
la dispersa mayoría.  
Y si hoy mi fraccion le apoya,  
no lo teneis que dudar,  
vuelve arriba Miramar,  
baja Adan... y ¡aquí fué Troya!  
De vuestro empleo la miel  
os pegaba en tal sentido...  
pero habiendo dimitido  
ya podeis votar con él.
- LINO. Pues hemos hecho un fregado...  
BRUNO. Pero hombre, ¿qué hay que esperar  
del Marqués de Miramar,  
á quien tanto hemos zurrado?
- JAC. Por lo mismo, es buen escudo...  
y estará mejor dispuesto:—  
al inofensivo... ni esto;  
pero mucho al que...
- BRUNO. Lo dudo.
- LINO. Nos has metido ¡ah cruel!...
- JAC. Dónde?
- LINO. En la boca del lobo...
- JAC. ¡Inocentes! ¿Soy yo bobo?...  
marcho de acuerdo con él.
- LINO. ¿Con Miramar?
- BRUNO. ¡Tu enemigo...
- LINO. ¡El mayor de los mayores!...
- JAC. En política, señores,  
no hay enemigo ni amigo.  
No hay más que la conveniencia;  
y cuando el país lo exige,

se echa un velo... se transige.  
y la buena inteligencia  
abre nuevos horizontes,  
que dejan ver las alturas  
convertidas en llanuras,  
y las llanuras en montes.  
Por eso unidos, contestes,  
los que eran contrarios ántes,  
hoy son amigos, amantes  
como Pílates y Orestes.

BRUNO. ¡Acabáras!

LINO. ¡Si dijeras...

JAC. Pues por dicho, y á votar.

LINO y BRUNO. Bien.

JAC. Sabed que Miramar  
me ha ofrecido tres carteras...

BRUNO y LINO. ¡Ah!!

JAC. Delante de testigos.

Por hoy no tengo interés  
en volver... pero las tres  
serán para tres amigos.

Vosotros y Valentin.

Éste ya entregó su mando,  
y le estamos esperando...

LINO. (Frotándose las manos.)

¿Conque al fin vamos...

BRUNO. (Lo mismo.) ¡Al fin!...

LINO. Pero ¿y Plácido, qué tal...

JAC. Como es tan independiente,  
no se sabe en qué corriente...

Ya ha vuelto de Portugal.

BRUNO. ¡Te ha visto?

JAC. No.

LINO. ¿Que eso aguantas?

JAC. Yo no me ofendo ni pico  
por nada, y dejo á ese chico...  
Pero hélo aquí.

### ESCENA III.

JACINTO, PLÁCIDO, LINO, BRUNO.

PLAC.

Hola, cesantes.

- BRUNO. Lo soy, pero no lo siento.  
LINO. Tampoco yo. Presentada  
mi dimision y aceptada.  
¿Y tú?  
PLAC. Yo?... no la presento.  
BRUNO. ¡Hombre! pues ¿qué es lo que fraguas?  
LINO. ¿Qué rumbo vas á seguir?  
PLAC. Yo me quedo á ver venir,  
navegando entre dos aguas.  
LINO. Es expuesto...  
BRUNO. Sí, por Dios.  
JAC. Mas ¿con quién vas á votar?  
¿con Adan ó Miramar?  
PLAC. Con ninguno de los dos.  
No violenta su conciencia  
ni admite razon de estado,  
quien, como yo, está blindado  
con su digna independenciam.  
JAC. Siempre fuiste caballero  
y del honor siempre en pos...  
LINO. Mas si enojados los dos  
te limpian el comedero...  
PLAC. No espero...  
LINO. ¿No? ¡buena es esa!  
Verás si llega á triunfar  
el marqués de Miramar...  
PLAC. Estoy bien con la marquesa.  
En Portugal la he tenido;  
con esmero he frecuentado  
su trato, y quedé prendado  
de su porte distinguido.  
Es una dama adorable,  
y cuando nos separamos  
en el anden, nos juramos  
amistad inquebrantable.  
Ella influye aquí tal cual...  
por tanto es cosa segura  
que entraré en candidatura...  
ó volveré á Portugal.  
JAC. ¿Con que te abstienes?  
PLAC. No toco  
pito...

JAC.                   Pues andad, que es tarde.  
BRUNO.           Hasta luégo.  
LINO.                Dios os guarde.  
(Se retiran Bruno y Lino puerta derecha.)

## ESCENA IV.

JACINTO, PLÁCIDO.

JAC.           Disertemos ahora un poco...  
PLAC.          Si con tu labia afectuosa  
                  aspiras á convencerme,  
                  será inútil; porque duermo  
                  en mí...  
JAC.           No aspiro á tal cosa.  
                  Yo soy el que siempre fuí;  
                  aconsejo y dejo hacer;  
                  y como debes saber  
                  lo que te conviene...  
PLAC.          Sí.  
JAC.           No tocaré ese registro;  
                  por mí ya no aspiro á nada...  
PLAC.          Habrás hecho tu jugada.  
JAC.           Mucho ántes de ser ministro.  
PLAC.          Yo no tuve aún ocasion...  
                  mas no un pobrete me creas.  
JAC.           Y ¿por qué no redondeas  
                  de una vez tu posicion?  
PLAC.          Eh?...  
JAC.           Cásate.  
PLAC.          Botarate!  
                  y ¿dónde habrá una deidad...  
JAC.           Ahí tienes á Caridad...  
PLAC.          ¡Caridad!... ¡qué disparate!  
                  Un hombre que va por esas  
                  tierras sosteniendo leyes;  
                  que almuerza y come con reyes,  
                  cena y baila con princesas,  
                  ¿podría, á no estar tocado,  
                  presentar en plena córte  
                  mujer... sí, de bello porte,  
                  mas de origen ignorado?

Ah!... lamento la desgracia  
de esas pobres existencias;  
pero... ciertas ingerencias  
no pasan en diplomacia.

JAC.           ¿De modo que, á no dudar,  
aquellos amantes votos,  
quedaron por siempre rotos...  
y no piensas...

PLAC.                           ¿Qué es pensar?

Si algunas flores un dia  
á sus plantas arrojé,  
fué por... por qué, sé yo qué...  
por mera galantería.  
Nadie en ella reparaba,  
y preciándome de hidalgo,  
le dije... por decir algo,  
que era linda, que la amaba,  
pues, esas frases así  
que se dicen á cualquiera...  
sentiría que se hubiera  
apasionado de mí...

JAC.           No...

PLAC.                   Hay que andarse con cuidado  
y ser muy sóbrios de amor,  
porque ahora á lo mejor  
se encuentra un hombre casado  
sin saber...

JAC.                   Pues nada de eso  
te sucede.

PLAC.                           ¿No?

JAC.                           Ten calma...

PLAC.           Chico, me alegro en el alma;  
me quitas de encima un peso...

JAC.           Pues que tus pulmones llene  
el aire de libertad;  
y puesto que Caridad  
dices que no te conviene...

PLAC.           No, de ninguna manera.

JAC.           Claro, sería un oprobio...  
á novio muerto, otro novio,  
ó que se quede soltera.

PLAC.           Que se las busque.

JAC. Es corriente;  
ó que estalle.  
PLAC. Ó busque un nombre...  
JAC. Eso! eso!... y que ¡viva el hombre  
noble, digno, independiente!  
PLAC. Ya sé que hoy tienes gran mesa.  
Vendré.  
JAC. Bien; hasta despues...  
PLAC. Vóime á casa del marqués.  
JAC. ¡Á intrigar...  
PLAC. Con la marquesa.

## ESCENA V.

JACINTO.

Declaro en todos los modos,  
sin cortapisas ni vallas,  
que somos unos canallas;  
pero éste... el mayor de todos.  
Aunque estoy ya saturado,  
tanto cinismo me irrita...  
(Toca el timbre y aparece un Criado en la puerta  
de la izquierda.)  
Que venga la señorita. (Se retira el Criado.)  
Demos un golpe de Estado.  
¿Quién vive tranquilo, quién,  
en esta lucha infernal...  
qué bandido escoge el mal  
cuando puede hacer el bien?

## ESCENA VI.

CARIDAD, JACINTO.

CAR. Llama usted?  
JAC. Caridad, sí;  
hablarle un instante quiero,  
y darle mil gracias, pero...  
acérquese más á mí.  
CAR. (Avanzando con timidez algunos pasos.)  
(¿Qué querrá?)

- JAC. Me ha sido grata  
la expresion de sus desvelos;  
¡qué cifras en los pañuelos!  
y ¡qué linda es la corbata!
- CAR. No ensalce esas fruslerías;  
mi gratitud, mi deber,  
no le han podido ofrecer  
cosa mejor en sus dias.
- JAC. Para mí son de tal precio,  
tanto las quiero estimar,  
que le voy á demostrar  
lo mucho en que las aprecio.  
Caridad... sin duda alguna  
su mérito es sin segundo;  
pero vino usted al mundo  
con tan adversa fortuna,  
que de su brillo á pesar  
nadie aspira á poseerla,  
y vive como la perla  
en lo profundo del mar.  
Esto no debe seguir;  
y no debiendo, he supuesto  
que hay que mudar de bisiesto...
- CAR. ¿Qué me quiere usted decir?
- JAC. Que piense en tomar estado...
- CAR. Ya pensé.
- JAC. Y ¡cuál...
- CAR. El de hermana  
de la Caridad. Mañana  
entraré en el noviciado.
- JAC. ¡Hermana!... ¿usted?... no es mal potro...  
y sí, es un estado bello,  
pero hay otros... piense en ello...
- CAR. No puedo pensar en otro.
- JAC. ¿Quién sabe?... Vamos á ver.  
Ayer le hablé de su madre  
y hoy ya sé quién es su padre.  
¿Le quiere usted conocer?
- CAR. Al que á mi madre... ¡oh crueldad!  
lanzó con fiera inclemencia  
del seno de la inocencia,  
y la hundió en la eternidad?

¿Al que frío, sin encono...  
gozaba en báquica orgía  
mientras mi madre moría  
en el mayor abandono?...

¿Al hombre que pudo ser  
indiferente al dolor...  
conocerle?... No señor,  
¡no le quiero conocer!

JAC. Cuidado con la impiedad.

CAR. ¿Es esto impiedad?

JAC. Pues vaya!  
es una impiedad que raya  
casi en la sublimidad.

CAR. Si á usted le produce enojo...

JAC. ¿Á mí?... yo ni entro ni salgo...  
pero en ese rasgo hay algo...  
de aquello de *ojo por ojo*.

CAR. No sé lo que habrá; no es sed  
de venganza ni rencor;  
es que tengo otro mejor...

JAC. ¿Otro padre? ¿quién?

CAR. Usted.

JAC. ¿Padre yo de tan hermosa  
pura imágen... ¡y á mi edad!...  
no puede ser, Caridad;  
tendré que ser otra cosa.

CAR. ¿Otra!

JAC. Si es que lo merezco,  
si no es tanta mi simpleza...  
Vamos á ver, con franqueza,  
diga usted, ¿qué le parezco?

CAR. ¿Á mí...

JAC. Sí, primer artículo:  
¿muy feo?

CAR. Jesús!... no tal...

JAC. ¿Tonto? ¿pillo? ¿insustancial?  
¿calavera? ¿algo ridículo?  
Qué idea tiene formada  
de mí?... sepámoslo, ¡ea!

CAR. ¿De usted?... la mejor idea.

JAC. Sí?

CAR. La más aventajada.

Desde que abrí sin cuidado  
mis ojos á la razon,  
con su noble proteccion  
le he visto siempre á mi lado.  
Usted no humilló mi ser,  
usted mi ángel bueno ha sido,  
me ha dotado y distinguido...  
¿qué otra idea ha de tener  
la que en el oscuro arcano  
de su existencia, sin par,  
en usted logró encontrar  
amigo, padre y hermano?

JAC. Bien... sirvo, segun he oido,  
para amigo liso y llano,  
para padre, para hermano...  
¡Muy bien!... ¿y para marido?...

CAR. ¡Ah!...

JAC. No hay que asustarse, no.  
Padre!... hermano!... ¡ahí va esa hornada!  
pero de marido... nada.

CAR. (Bajando la cabeza y muy ruborizada.)  
Y de eso... ¿debo hablar yo?

JAC. Es verdad, á mí me toca;  
vamos, ¿sirvo? ¿qué tal pinó  
para... ¿ó no sirvo...

CAR. Jacinto...  
¿quiere usted volverme loca?...

JAC. No, Caridad de mi vida;  
dichosa te quiero ver,  
¡muy dichosa! y lo has de ser;  
conque ¿es cosa convenida?

CAR. ¿Pero esto es sueño?...

JAC. No, no;  
es realidad, realidad.

CAR. Señor de eterna bondad,  
¿tanto bien merezco yo?  
¿Dé mi dicha en el exceso  
veré á mi destino unido  
un hombre tan distinguido?

JAC. Hay mucho que hablar sobre eso...  
Pero distinguido ó no,  
entre un alma que me espanta,

y la tuya pura y santa,  
aquí quien gana soy yo.

CAR. Jacinto...

JAC. ¡Es decir... que pinto...

CAR. Ah!... (Arrojándose en sus brazos.)

JAC. Pues permíteme, ángel bello,  
que estampe en tu frente el sello...

(Al besarla aparece Doña Marta en la puerta de la izquierda.)

## ESCENA VII.

DICHOS, DOÑA MARTA.

MARTA. ¡Don Jacinto!... Don Jacinto!!

JAC. Doña Marta...

MARTA. ¡Qué dirán...

JAC. Lo que va usted á oír y ver:  
presento á usted mi mujer,  
la señora de Albarrán.

MARTA. Eeeh!... (Atónita.)

JAC. Que es día de aleluya.

MARTA. ¡Santo Dios!... me maravilla...

CAR. Es verdad.

MARTA. Conque, chiquilla,  
¿te saliste con la tuya?

JAC. ¿Cómo con la suya...

MARTA. Sí;  
pues si estaba la cuitada  
de usted más enamorada...

JAC. ¿Enamorada de mí?!

CAR. Yo?... mas...

MARTA. Vaya ¡á qué negarlo?

JAC. Justo; ¡á qué negarlo ya?

CAR. Es que... vergüenza me da,  
pero... ¡debo confesarlo!

JAC. ¡Pobre alma del alma mía!...  
y yo, tan rocin, tan lerdo...  
pero ya estamos de acuerdo...

MARTA. ¡Me va á matar la alegría!

JAC. ¿Qué es matar? no me acomoda;  
no hay que pensar en morir,

sino en vivir, en vivir...  
y en hacer pronto la boda.  
Lejos ya de esta Babel  
y con escaso equipaje...  
París nos dará hospedaje  
mientras la luna de miel.

CAR. ¡Ay! ¡París!

JAC. Y Londres, y...  
¿quién sabe lo que andaremos?  
allí, mi bien, hallaremos  
un *trousseau* digno de tí.

CAR. Eh!... nada de ostentacion...

JAC. Sin embargo, sin embargo,  
hay que comer el amargo...

CAR. ¿Qué?

JAC. Pan de la emigracion.

Ya verás...

CAR. Oh! ¡qué portento!...

MARTA. Y yo os seguiré hasta el fin...

VAL. (Dentro.) Bien.

JAC. ¡La voz de Valentin!

dejadme por un momento.

(Caridad y Marta abrazadas, se retiran puerta izquierda.)

## ESCENA VIII.

JACINTO, despues VALENTIN.

JAC. Sin duda que en plena gracia  
me eligió la Providencia...  
veremos de esta ingerencia  
qué dice la diplomacia. (Sale Valentin.)

Pero hombre, ¡cuánto tardar!

VAL. Calla, chico, estoy volado.

JAC. Volado?... ¿qué te ha pasado?

¿reñiste con Miramar?

VAL. Miramar está corriente;

es otro asunto maldito,

escandaloso, inaudito...

¡liárseme esta serpiente!

JAC. Cuando hablas así... no sé

pero debe ser atroz  
el caso.

VAL. ¡Lo más feroz!...

JAC. Sepamos.

VAL. Figúrate

que en Leon, mi dulce dueño  
se empeñó en venir conmigo;  
y ¡pues! como te lo digo,  
se ha salido con su empeño.

JAC. ¡La hija de Adan!... ¡desdichado!  
¿qué has hecho?

VAL. Y ¿qué hacerle ya?

JAC. ¡Un rapto!... y ¿adónde está?

VAL. Aquí, en el hotel de al lado.

JAC. Pero... ¡Valentin!

VAL. ¿Qué quieres?...

ni pensé... ya me conoces;  
pero ¿sabes tú lo atroces  
que son algunas mujeres?  
Estaba tan descuidado  
en mi coche al ser de noche...  
cuando entra un bulto en mi coche  
y ¡paf! se me sienta al lado.  
Al pronto no observé quién...  
pero miro... lanzo un grito...  
otro el bulto: suena el pito  
y se pone en marcha el tren.

¿Qué se hace un hombre en tal paso?

¿arrojar á la chiquilla  
sin más, por la ventanilla?  
gritar? y ¿quién le hace caso?

Allí solté con coraje  
de improperios una tanda;  
pero el tren ¡anda que anda!...  
pues ¡qué demonio!... ¡buen viaje!

JAC. Horror!... uf! ¡atrocidad!...

VAL. ¿Viste fortuna más perra?

JAC. Este golpe echa por tierra  
toda mi serenidad.

Porque ¿cómo componer  
de ese... descarrilamiento  
las quiebras!... Y ¡en el momento

en que te espera el poder!  
Si se sabe, ¿quién evita  
que una lengua maldiciente  
diga... bien, que felizmente  
nadie aquí se inhabilita...  
Pero pudiera despues  
turbar lo que ya tenemos  
concertado...

VAL. Y bien, ¿qué haremos?

JAC. Vete á buscar al marqués.  
Cuéntale el caso, tu afan,  
lo inútil de tu eficacia,  
y tal vez le caerá en gracia  
por ser desgracia de Adan.

VAL. Me parece buena idea...

JAC. No me ocurre de repente...

VAL. Pues voy.

JAC. Adios. (Mirando á la derecha.)  
Pero tente!...

Adan!

VAL. ¡Por Santa Gadea!...

¿Y qué es lo que ahora le digo?

JAC. ¿Cómo salirle al encuentro...

¿Qué diablo... espérame ahí dentro;  
yo haré frente al enemigo!

(Desaparece Valentin por la izquierda y sale Adan  
por la derecha.)

## ESCENA IX.

JACINTO, ADAN.

JAC. ¡Mi querido general!

ADAN. Querido?

JAC. Hasta la pared  
de en frente!

ADAN. No, pues usted  
lo ha demostrado bien mal.

JAC. Yo?

ADAN. Dejarme en la estacada...  
hacerme una dimision...

JAC. Se echaba encima el turbion...

(Vamos, aún no sabe nada.)

Y al ver el cielo cubierto  
y que se encrespaba el mar,  
dije... «es forzoso arribar,»  
y á tiempo he tomado puerto.

ADAN. Pues! y ahí queda todo en ruina...

¿Y aquel proyecto profundo?  
¿y el pagar á todo el mundo?  
¿y el dinero de la China?

JAC. ¡Qué fatal complicacion!

Ya ve usted, con esa guerra  
latente con que Inglaterra...  
y luégo... con el Japon,  
que tambien la va atacando  
en sus celestiales zonas...

Bah!... sin eso... ¡en peluconas  
estaríamos nadando!

ADAN. No; ya no caigo en su red,  
y dejemos los respuntes...

¡Me han derrotado!... ¡Qué apuntes  
los amiguitos de usted!

JAC. ¡Mis amigos...

ADAN. Lo que digo.

Hoy todos han desertado,  
han huido, y se han resellado  
pasándose al enemigo.

¡Qué abominable traicion!

JAC. ¡Traicion!

ADAN. Sí, que al cielo clama...

JAC. ¿Qué traicion? eso se llama...  
se llama una *evolucion*.

Todos... no más que por ver  
á la nacion progresar,  
quieren, y es justo, llevar  
sus ideas al poder.

El país está en un tris,  
y el país, si lo medita,  
hoy de todos necesita,  
como todos del país.

Para subir no hay un tonto  
que repare, en su trabajo,  
si pisa al que está debajo...

el caso es subir, y pronto.  
Pues que suban, cosa es llana;  
en cuanto lleguen al cielo,  
rodando vendrán al suelo,  
y otros al cielo mañana.  
Esto es lo más sustancial  
de lo que hoy ha sucedido:  
suben... como hemos subido...  
¡tolerancia, general!

ADAN.

¡Voto!...

JAC.

Haremos por volver;  
pues si usted forma, ó yo formo...

ADAN.

Es que yo no me conformo  
con que me echen del poder.

JAC.

Doblemos por hoy el cuello,  
que despues nuestra pericia...

(Ábrese violentamente la puerta secreta y sale  
Fanny, con mantilla ó sombrero, muy agitada, con  
un parte telegráfico en la mano.)

## ESCENA X.

DICHOS, FANNY.

FANNY.

¡Justicia de Dios! ¡justicia!!

JAC.

(Malo!... ¡ya pareció aquello!)

ADAN.

¡Qué grita usted!... ¿ya comienza...

FANNY.

Sí señor...

JAC.

(Callo y me agacho...)

FANNY.

Lea usted ese despacho  
y muérase de vergüenza.

ADAN.

¿De Leon...

FANNY.

Sangre! ¡estermínio!

JAC.

¿Por qué tanta exaltacion?

FANNY.

¡Hija de mi corazon!...

ADAN.

¡Se ha escapado Patrocinio!

FANNY.

¡Accion más negra y ruin!...

ADAN.

Y á Madrid ..

FANNY.

Ya habrán llegado.

¿Sabe con quién se ha escapado? (Á Jacinto.)  
con su amigo...

JAC.

Valentin.

- FANNY. ¡Hola! ¿usted ya lo sabía?  
ADAN. Y les habrá dado ayuda...  
FANNY. ¡Está en el complot!... no hay duda...  
JAC. Señora...  
ADAN. ¡Otra alevosía!  
JAC. Lo sé desde esta mañana...  
FANNY. ¡Y callarse!...  
ADAN. ¡Y ocultar!...  
JAC. (Pues señor, aquí hay que echar  
la casa por la ventana.)  
Señores, á mi entender  
este suceso no es raro;  
lo predije, pero... claro,  
tenía que suceder.  
ADAN. ¿Usted ha predicho...  
JAC. Sí.  
ADAN. ¿Cuándo, á quién...  
JAC. Á esta señora.  
ADAN. (Á Fanny.) ¿Salimos con eso ahora?  
FANNY. ¿Qué está usted diciendo? ¡á mí!...  
JAC. Ha tiempo, expontáneamente  
le dije... «cuide su viña...  
vele usted por esa niña...  
un amorcillo naciente...»  
FANNY. (Ah! ¡ya recuerdo... yo emigro!)  
JAC. Pero á mi aviso leal  
contestó con voz glacial...  
«¿Y es ese todo el peligro?»  
FANNY. Pero de eso hace mil años...  
JAC. Cierto; y si entónces me hubiera  
hecho caso, hoy no sufriera  
tan amargos desengaños.  
FANNY. Mas, ¿quién pudo pensar, quién...  
ADAN. Todo el que hubiera tenido  
un adarme de sentido  
comun. Señora... ¡muy bien!  
JAC. Vaya, ahora no la aflija...  
el caso requiere pausa...  
ADAN. ¡Qué pausa... cuando es la causa  
de la perdicion de su hija!  
FANNY. Yo he tenido mil razones,  
y de intencion no he pecado.

- ADAN. ¡El infierno está empedrado  
de excelentes intenciones!
- FANNY. Su salud me tuvo inquieta...  
y el aire del campo...
- ADAN. Ya!  
y en tanto usted por acá...  
¡si la que sale coqueta!...
- FANNY. ¡Repórtese usted!
- JAC. Le ruego...
- ADAN. ¡Mayor injuria merece!
- FANNY. ¡Yo me mantengo en mis trece!
- JAC. (Apaguemos este fuego.)  
Eso es; maltratarse así...  
mientras la pobre criatura  
llorando su desventura  
está á dos pasos de aquí...  
FANNY. ¿Á dos pasos? me decido...  
ADAN. ¡La infame! si voy allá...  
FANNY. ¡No le diga dónde está!  
á mí sola, aquí... al oído...  
(Jacinto le dice algunas palabras.)  
Gracias!... ¡pobre desvalida!
- ADAN. No la traiga usted...
- FANNY. Mi amante...
- ADAN. Si se me pone delante  
no respondo de su vida.
- FANNY. Guarde usted esa fiereza  
para más rudas campañas;  
bah!... no tiene usted entrañas.
- ADAN. Ni usted pizca de cabeza.
- FANNY. Pobre niña, angelical...  
yo haré, yo, desde esta tarde,  
que la defienda y la guarde  
el escudo maternal.  
(Se retira por la puerta derecha.)

## ESCENA XI.

JACINTO, ADAN.

- JAC. (Á buena hora...) Es muy profundo

- su disgusto, lo comprendo.
- ADAN. Estoy de coraje ardiendo...
- JAC. Pero como hombre de mundo  
sabr  mantener el fiel  
en esta amante querella...
- ADAN.  Mi maldicion para ella,  
s  señor!... y en cuanto   él,  
en cuanto al hombre villano  
que sin pudor ni conciencia  
ha ultrajado su inocencia...  
yo le hará sentir mi mano.
- JAC.  Desatino!  mal!  muy mal!  
 Ha hecho usted ya testamento?
- ADAN. No.
- JAC. Pues no pierda momento  
y hágalo usted, general.
- ADAN.  Qu n, yo?!...  primero morir!  
donde lo encuentre lo rajo  
de arriba abajo.
- JAC. Hable bajo,  
porque le pudiera oir.
- ADAN.  C mo!...  Aqu  ese hombre fatal?  
que me den mi espada, un sable...  
 d nde est  ese miserable?...  
(Sale Valentin y se cuadra.)

## ESCENA XII.

DICHOS, VALENTIN.

- VAL. Aquí estoy, mi general.
- ADAN.  Al fin le hemos encontrado?  
Tomar  mis precauciones;  
vaya us    las prisiones  
militares arrestado.
- VAL. Por enfermo dimit   
y su rigor no adivino...
- ADAN. Vaya us    su destino  
y reclame desde allí.  
Ya nos veremos despues.
- VAL. (Saludando militarmente.)  
Mi general,   la órden.

(Se retira por la puerta derecha.)

### ESCENA XIII.

JACINTO, ADAN.

JAC. Pero hombre, esto es un desórden...  
lo toma usted al revés.

ADAN. Esta es la ley militar,  
y procedo como un rey:  
ántes que todo es la ley;  
despues, el particular.

JAC. Pues no me parece bien.

ADAN. Ese jefe me ha faltado...

JAC. Pero es un caso privado...

ADAN. Soy general.

JAC. Él tambien.

ADAN. Él!

JAC. Lo será á no dudar.  
Usted, ciego en su despecho  
no ha querido, y no lo ha hecho,  
pero hoy lo hará Miramar.

ADAN. ¡Hoy!

JAC. Si es su amigo el más fiel:  
ha triunfado, y con su bando  
de fijo estará formando...  
y sé que cuenta con él.

ADAN. Otra intriga, caballero,  
de usted.

JAC. ¡Mia?... ¡qué ilusion!...  
si en la nueva formacion  
no entro por nada, ni quiero...

ADAN. Mas sus amigos querrán...

JAC. Mi enhorabuena les doy;  
y como de ellos no soy  
tutor ni ayo...

ADAN. ¡Voto á san!...

JAC. Calme usted su agitacion  
y vea claro...

ADAN. Ya veo  
que el sistema del mareo  
lo posee á la perfeccion.

- JAC. Siempre sospechando está...  
¡qué mareo ni vaiven!...  
lo que digo es por su bien;  
á mí en esto, ¿qué me va?  
Si en lugar de echarle tierra  
con un pronto casamiento,  
los atropella violento  
haciéndoles cruda guerra:  
y si ante el género humano  
rompe, rasga, desatina  
y á todos pone en berlina,  
¿qué pierdo en ello ni gano?
- ADAN. Ya!... ¿qué hacer en este potro?...
- JAC. Transija usted.
- ADAN. ¿Que transija?  
¿sin venganza? ¿y mi hija, mi hija...
- JAC. ¡Su hija! Sí? ¿y la hija del otro?
- ADAN. ¿De quién?
- JAC. ¡Ya olvidó la historia  
de la huérfana ultrajada,  
perdida y abandonada...  
Flaco es usted de memoria
- ADAN. Vuelve usted con su cancion...
- JAC. Si es ella la que resuelve...  
la que por sí misma vuelve...  
si es la ley de la expiacion,  
¿cómo quiere que no influya?...  
No ha respetado jamás  
las hijas de los demas...  
y ahora paga con la suya.  
Ésta ha pecado; mas si  
se casa, los dos dirimen...  
pero usted cometió un crimen  
que se expía aquí (Señalando al cielo.) y allí.
- ADAN. Ya siento, ya, los dolores  
de esa terrible expiacion;  
pero siempre hay ocasion  
para enmendar los errores.
- JAC. Los de usted, amigo mio,  
no tienen remedio humano.
- ADAN. Yo haré cuanto esté en mi mano...
- JAC. Su mano... ¡qué desvarío!

¿que hay un cadáver olvida?  
pruebe usted...

ADAN. ¿Qué he de probar?

JAC. Á ver si puede animar  
á la que yace sin vida.  
Y á ver si al fruto ignorado  
de aquella union, torpe, oscura,  
puede evitar la amargura  
de la vida que le ha dado.

ADAN. Sí puedo, sí; me ofuscaba  
del mal el eco profundo...  
mas cuando ella vino al mundo  
aún soltero me encontraba.  
Yo enmendaré mi descuido:  
quiero verla lo primero;  
la haré un buen dote, y espero  
despues...

JAC. Bah!... tiempo perdido.

ADAN. Reconocerla en merced  
de su origen...

JAC. Pues no espere.

ADAN. ¿Por qué?

JAC. Porque ella no quiere  
que la reconozca usted.

ADAN. ¿Que no quiere? ¡mal venablo!...

JAC. Eso; y no hay que exasperarse.  
Tiene dote y va á casarse...

ADAN. ¿Con quién?

JAC. Con un pobre diablo  
que veló mucho por ella,  
que con ella simpatiza,  
que la ama, y que la indemniza  
del gran rigor de su estrella.

ADAN. Yo procuro su interés.

JAC. Lo rechaza.

ADAN. ¿Tiene en poco  
mi... voy á volverme loco!

JAC. Pues amigo, á Leganés!

ADAN. Pero ¿es cosa tan resuelta?

JAC. Por ahora... esas tenemos...  
con el tiempo... no sabemos...

ESCENA XIV.

DICHOS, VALENTIN.

- VAL. Pues señor, ya estoy de vuelta.  
ADAN. ¡En libertad!... ¿cómo es esto?  
VAL. Iba á encerrarme... al instante...  
pero el ministerio entrante  
me ha levantado el arresto.  
ADAN. ¿Hay ministerio formado?  
VAL. Sí señor; ya está cabal..  
ADAN. ¿Quién va á Guerra?  
VAL. El general  
don Valentin Maldonado.  
ADAN. Usted!  
VAL. Esa es la verdad.  
ADAN. Usted!!  
VAL. Yo mismo, señor.  
ADAN. Ah!  
VAL. Y he tenido el honor  
de ponerme en libertad.  
ADAN. ¡Qué más, destino cruel!...  
¿me quieres más abatido?  
VAL. Tambien el gusto he tenido  
de señalarle cuartel.  
ADAN. No espere oír mis plegarias  
aunque debiera en rigor...  
¿Quedo en Madrid?  
VAL. No señor.  
ADAN. ¿Adónde voy?  
VAL. Á Canarias.  
ADAN. Estoy enfermo, y así  
no he de emprender el camino.  
VAL. Vucencia irá á su destino,  
y pedirá desde allí.  
ADAN. Es un abuso.  
VAL. No tal.  
JAC. (Bajo á Adan.) (Cállese usted, y no dé  
lugar... yo lo arreglaré.)  
ADAN. Está bien, mi general.  
Como militar, me allano,  
y aplazo la ofensa mia.

(Saluda militarmente y dice aparte dirigiéndose á la puerta derecha, por la que desaparece.)  
(Pero ¡ay! si vuelves un día á caer bajo mi mano!)

## ESCENA XV.

JACINTO, VALENTIN.

JAC. Has estado muy adusto.  
¡Canarias!... ¿ya habrá manera...  
VAL. Que se quede donde quiera,  
solo quise darle un susto.  
No es su destino tan negro;  
fiero me puso arrestado,  
y yo á mi vez le he tratado...  
como al que va á ser mi suegro.  
JAC. ¿Aceptas al fin la carga?  
VAL. La pobre... ¿qué hacer? si al fin...  
JAC. Muy bien hecho, Valentín.  
(Viendo á Plácido, que se presenta muy melancólico.)  
Hombre!... ¿qué cara tan larga!

## ESCENA XVI.

DICHOS, PLÁCIDO.

PLAC. No sé cómo hay quién aguante...  
VAL. ¡Vaya una triste figura!  
JAC. ¿Qué hay?  
PLAC. No entré en candidatura,  
y me han dejado cesante.  
JAC. ¿Y la marquesa?  
PLAC. Me ha dado  
un chasco!...  
VAL. ¡Fía en enaguas!  
JAC. Te has quedado entre dos aguas...  
chico... si hubieras votado...  
VAL. Si hubieras hecho homenaje...  
PLAC. No quise por dignidad...  
¿Es cierto que Caridad

es hija de un personaje?

¿Que hay dote...

JAC. Exacta es la cita;

ya no es tan negra su estrella.

PLAC. Pues me casaré con ella...

está sola... ¡pobrecita!

JAC. Llegas tarde, pobre amigo.

PLAC. ¿Cómo que tarde? ¿qué pasa?

JAC. Pse!... que con otro se casa.

PLAC. ¿Con otro! ¿con quién?

JAC. Conmigo.

VAL. Bien! bravo!

PLAC. ¡Contigo!

JAC. Pues.

Como no te convenía,  
dije al punto... esta es la mia.

PLAC. ¡Lo que puede el interés!

VAL. Lamentamos tu desgracia.

PLAC. ¡Qué amigos! ¿qué consecuencias...

JAC. Como ciertas ingerencias  
no pasan en diplomacia...

(El Portero anunciando desde la puerta de la derecha.)

## ESCENA XVII.

DICHOS, PORTERO, despues BRUNO.

PORT. Su excelencia el señor...

JAC. ¿Quién?

PORT. El ministro de Fomento.

(Sale Bruno y se retira el Portero.)

JAC. Bruno!

BRUNO. He venido al momento...

JAC. Ven á nuestros brazos, ven...

(Se abrazan Jacinto y Bruno.)

PLAC. (Se reselló y ha pescado  
la prebenda... mas yo haré...)

(Vuelve á aparecer el Portero.)

PORT. El señor ministro de

Hacienda.

PLAC. (Otro resellado.)

(Se retira el Portero y sale Lino.)

## ESCENA XVIII.

JACINTO, VALENTIN, PLÁCIDO, BRUNO y LINO.

- LINO. En cuanto he sido admitido  
he venido á incorporarme...
- JAC. Yo debo felicitar  
porque al cabo he recogido  
el fruto de mi desvelo.  
Ministros, á gobernar  
con celo, y á demostrar  
lo que vale vuestro celo.
- VAL. Yo con afan sin segundo  
haré la paz; ya hay señales...
- BRUNO. Yo haré caminos, canales...
- LINO. Yo pagaré á todo el mundo.
- JAC. ¿Empezais por ofrecer?...  
asimismo empecé yo;  
bien se conoce ¿pues no?  
que os hallais en el poder.
- PLAC. (Sigue ap.) (Sí; mucho *programear*  
y al mes de haberse encumbrado,  
nada; patilla y cruzado,  
abajo, y vuelta á empezar.)
- VAL. Pero ¿no aceptas?...
- JAC. No á fé.
- LINO. ¿Ni siquiera una embajada...
- JAC. Señores, no acepto nada;  
pero mi apoyo os daré.  
De gozar hay varios modos  
unos frutos tan opimos;  
si á la vez todos subimos,  
á la vez caeremos todos.  
Hay que escrutar los misterios  
de la gran ciencia, observando...  
y poco á poco ordenando  
un juego de ministerios.  
Dándonos mútuo socorro  
nos podremos sostener...  
y de este modo el poder

VAL. no saldrá nunca del corro...  
VAL. ¡Me asombra tu buen sentido!  
LINO. Por tenerle yo, daría...  
BRUNO. Y yo...

## ESCENA XIX.

DICHOS, FANNY.

FANNY. La he visto... ¡alma mia!  
Qué! no está ya mi marido?  
JAC. Partió, y de un humor tan negro...  
FANNY. Cómo!... ¿aún no se le pasó?  
VAL. Ya no es ministro... cayó...  
FANNY. ¿Ya no es ministro?... ¡me alegro!  
JAC. ¿No siente usted...  
FANNY. No en mis dias;  
con su poder perdurable  
estaba ya insoportable...  
¡detesto las tiranías!...  
VAL. Yo su lugar he ocupado.  
FANNY. ¿Usted?... celebro infinito,  
lo aplaudo y le felicito.  
Pero oiga usted, Maldonado. (Bajando la voz.)  
VAL. Con la mayor atencion.  
FANNY. Supongo que con las glorias  
no se le irán las memorias...  
y que una reparacion...  
¡no izemos bandera negra!...  
VAL. Esta noche á mas tardar  
espero poderle dar  
el dulce nombre de suegra.  
FANNY. Suegra! hay vocablos soberbios...  
de suegra ya, ¿quien me saca?  
esto de suegra, ¡me ataca,  
me descompone los nervios!  
Yo, que aún no soy... ¡cómo vuela  
el tiempo!... cuando he soñado!...  
y el dia ménos pensado...  
pues, ¿qué duda tiene? ¡abuela!  
Horror! ya ¿en qué sociedad  
oiré una galantería

de las que ayer aún oía...  
¡ay Fanny!... conformidad.  
Y pues que no hay remision,  
me resigno, aguanto el fuego,  
y capitulo, y me entrego,  
y arrío mí pabellon.

(Sale por la puerta izquierda Doña Marta seguida  
de Caridad.)

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, MARTA y CARIDAD.

- MARTA. Cuando se quiera comer...  
LINO. Sí, por mi parte al momento.  
JAC. (Tomando de la mano á Caridad.)  
Espera un poco.—Os presento  
á mi futura mujer.  
BRUNO. Celebramos como es justo...  
VAL. Chico, de placer nos llena...  
FANNY. Doy á usted mi enhorabuena,  
ha tenido muy buen gusto.  
(Bajando la voz.)  
¿Descubrió al fin?...  
JAC. Pues preciso ..  
FANNY. ¿Y es hija...  
JAC. Es una...  
FANNY. ¡Qué afan...  
JAC. De tantas hijas de Adan...  
FANNY. ¡De Adan!?  
JAC. El del Paraiso.  
Comeremos, ¿no es verdad?  
FANNY. Bien... me es muy grato el concurso...  
(¡No me queda otro recurso  
que el de la amabilidad!)  
JAC. (Acercándose á Plácido.)  
Chico, ¿ya qué le has de hacer?  
la mesa está preparada...  
PLAC. Tengo el alma traspasada;  
pero... vamos á comer.  
JAC. Ea!... pues dad la señal;  
y de las ostras en pos...

pero ántes dejad que á Dios  
haga mi oracion mental.

(Se adelanta un poco.)

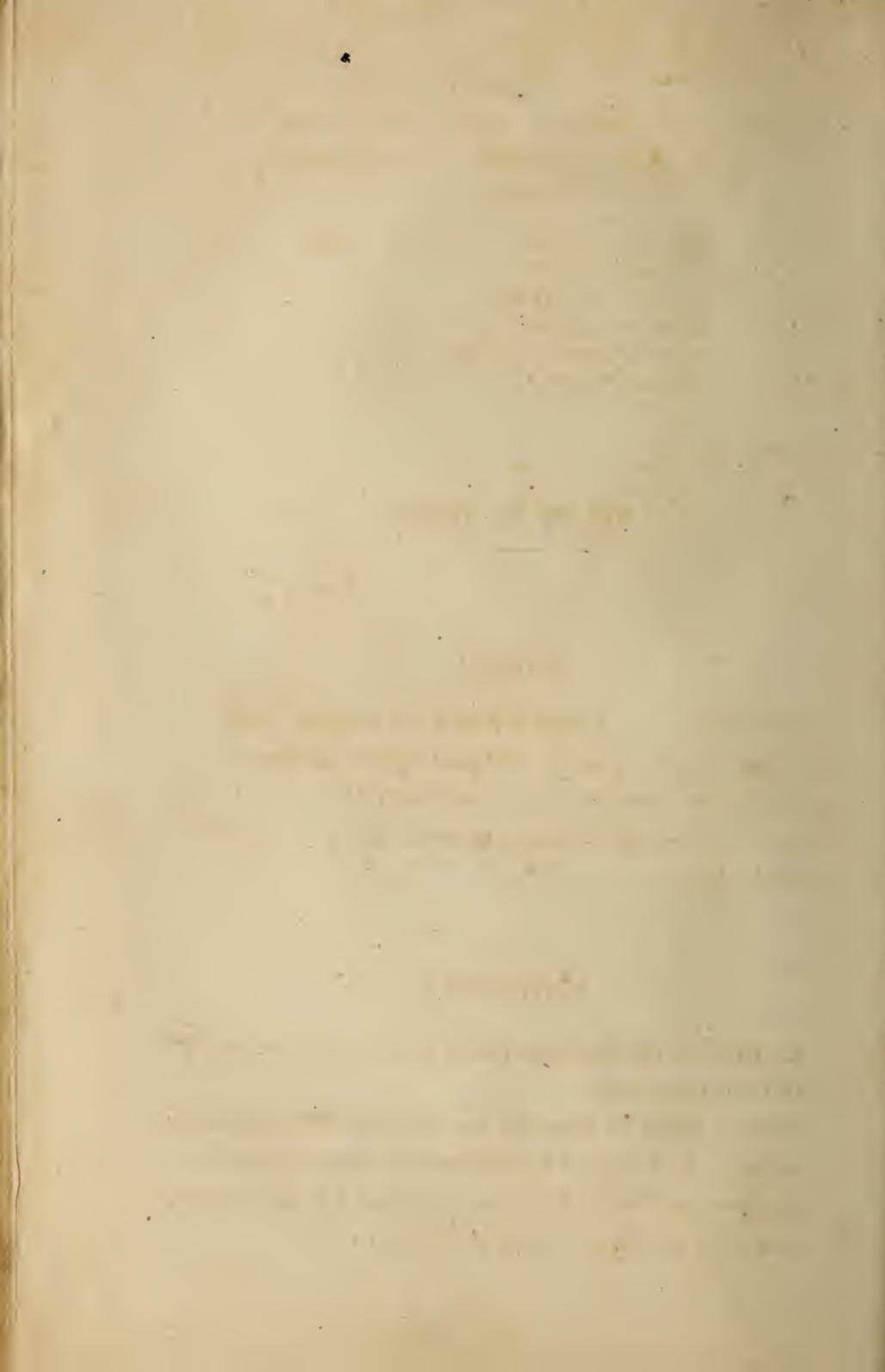
Señor de todas las artes  
en quien lo sumo se encierra:  
que mandais en cielo y tierra  
y brillais en todas partes:  
ante vuestra augusta faz,  
no como cristiano al uso,  
me acuso, Señor, me acuso,  
de haber sido un poco audaz.  
Fuí audaz y no cumplí  
con vuestros preceptos santos;  
pero Señor... ¿donde hay ¡tantos!  
reparareis solo en mí?

No me pongais en un brete,  
y ved, que hecha mi jugada,  
vuelvo á la vida privada  
y pienso abrir mi bufete.

Entre uno y otro alegato  
quiero vivir, sin asomo  
de ambicion ninguna, como  
el que nunca ha roto un plato.  
Mas dadme con vuestra gracia,  
si el dar os causa molestia,  
un poco más de modestia  
ó un poco ménos de audacia,  
para que la tentacion  
no me arrastre el mejor dia  
á incidir en la manía  
de explotar ¡EL GRAN FILON!!

FIN DE LA COMEDIA.





*Comedias últimamente escritas por el SR. RUBÍ*  
(D. T. R.), *de su exclusiva propiedad.*

---

FÍSICA EXPERIMENTAL.....	3 actos.
LA FAMILIA.....	3
LA FUENTE DEL OLVIDO.....	3
FIARSE DEL PORVENIR.....	4
DESDE EL UMBRAL DE LA MUERTE..	3
¡EL GRAN FILON!!.....	3

---

### PUNTOS DE VENTA.

---

#### MADRID.

Librerías de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas: de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo: de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen: de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44; y de *Murillo*, calle de Alcalá.

#### PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta Administracion, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

